José Rafael Wendehake

Vida Orejana



Haskins News Service, Colón, R. de P.

José Rafael Wendehake

Vida Orejana

DESCRIPCIONES

DE

Tipos y Costumbres Lugareñas



HASKINS NEWS SERVICE, Impresor
COLON, R. P.
ENERO, 1926.

PROLOGO

Prólogo

En el momento actual de la América Hispana, en que del uno al otro extremo del Continente se apercibe el aliento creador de las fuerzas vernáculas, la aparición de un libro contramarcado con el sello de lo **nuestro**, es un acontecimiento tan grato, que sin ningún esfuerzo formulan nuestros labios las rituales frases de las más fraternas salutaciones.

Negado nuestro espíritu, desde hace ya algún tiempo, al halago de los exotismo y de las

"importadas" emociones de Arte a cuyo influjo olvidamos por casi una centuria el rico acerbo de nuestra propia emotividad, la literatura suramericana ha comenzado a significarse no siempre con creaciones acabadas y perfectas, es cierto, pero nunca tampoco en forma detestable e inadecuada.

Para darse cuenta de esa favorable reacción de nuestro espíritu, conquistado al fin por todo lo que nos rodea y ha nacido con nosotros, y que puede darnos acierto para el cincel, colores para el cuadro, música para el verso y vida para la página, no importa sino fijar la atención en la labor silenciosa pero continuada en que están empeñados, a la hora presente, todos cuantos aspiran a ser creadores de ese Arte nuevo y fuerte que quiere tener eternidad y tomar formas inconfundibles en el aún no resistente ni bien amasado **barro criollo**.

Modesto ensayo de esa futura obra en gestación es este trabajo que su autor ha querido, más por razones de amistad que por suficiencias de mi parte, que presente a los devotos amigos del **libro nacional** en Panamá.

Obligado José Rafael Wendehake a prestar toda su atención a labores más provechosas en el sentido puramente material, este libro, de un puro sabor **istmeño** contiene las páginas sin perfecciones académicas, pero intensísimas por lo vividas, que el autor pudo escribir durante su larga permanencia en el Interior, entre los reclamos de un cliente y las urgencias de una visita profesional.

A vista de pájaro observó costumbres y estudió los **tipos** de su **VIDA OREJANA**; pero retuvo tan bien los detalles del medio en que se le ofrecieron los personajes y copió tan fielmente su campechana personería, que el **grupo** que se trajo en el lugar más secreto de su maletín de médico, al salirse de las páginas del libro y divagar por las bibliotecas y las redacciones o penetrar en la casa de los devotos a estas lecturas, hablará mejor que yo de las cualidades de este escritor que sabe ahondar en el surco y marcar con fina ironía el sugestivo relieve de esas vidas pintorescas y raras que muy lejos de nuestra diaria observación presentan a veces las características de todo un pueblo y hasta de una raza.

Yo os invito, lector, a que conozcas a través de los personajes de **VIDA OREJANA** (viejos conocidos tuyos si algún día has estado en esas lejanas poblaciones del Interior donde todavía se le besa la mano en la calle al señor Cura y la gente se santigua al toque del **angelus**) el famoso pueblo de Las Tranquillas donde el autor hizo el hallazgo de sus **tipos,** a veces demasiado grotescos, pero siempre interesantísimos.

Muchas cosas, inefables por sencillas te contará el autor, de ese pueblo interiorano, arcádico y feliz, rezandero y chismoso, donde aún no se baila el **fox** ni se habla el inglés, ni visten los hombres a la **americana** ni se cortan el moño las mujeres.

Has el viaje, lector, como yo, sin moverte de la silla, que muchas emociones tendrás que agradecerle al talento de José Rafael Wendehake, de este escritor venezolano que quiere a Panamá como a su propia Patria, y que tal vez sin quererlo ni pensarlo, ha señalado a los todavía sugestionados por lo que viene **de fuera** el camino por donde pueden aventurarse a la explotación de la secreta mina espiritual de que son legítimos poseedores, y que trabajada

pacientemente, llegaría a ser tan suntuosa como es suntuosa la vegetación en las fértiles tierras del Istmo.

CARLOS ELIAS VILLANUEVA.

Colón: Enero de 1926 .

Personal

1o.—El Cónsul Agapito Portugal.

2o.—El Gobernador Bandilio Pimentel.

3o.—El Alcalde Corcino Muñoz.

4o.—El Padre Pacífico Rabalinera.

5o.—El Doctor Ridigoberto Atencio.

6o.—El Dandy Felipito Aisprúa.

7o.—El Juez Gorgonio Manila.

8o.—Doña Plímata Calderón.

El Cónsul Agapito Portugal

El Cónsul Agapito Portugal

I

Agapito Portugal había nacido en el histórico pueblo de "Las Tranquillas", hijo de un acaudalado tendero descendiente de una familia de abolengo, que sufría de la manía de las grandezas, y en cuyo seno creció pensando siempre en su elevado rango y en la riqueza invalorable de sus pergaminos.

Desde su más tierna infancia, el joven Portugal inquietaba ya a sus padres con sus necedades sin ejemplo, diciendo que llegaría con el tiempo a ser escritor, diplomático y consumado

político, pero que siempre su distinguida prosapia sería su mayor orgullo, título que en todo momento ostentaba ante sus camaradas del pueblo y condiscípulos de la Escuela Pública de Las Tranquillas.

Sus constantes ridiculeces y simplezas durante sus estudios rudimentarios, fueron tan célebres, que por consejos del Maestro, la familia Portugal atemorizada, solicitó los servicios facultativos del Doctor Ridigoberto Atencio, quien después de un riguroso exámen, calmó a los padres de sus inquietudes, asegurándoles que su enfermedad no era un asunto grave, sino que todas sus candideces eran simplemente los síntomas provenientes del tardío desarrollo mental.

Andando el tiempo, el continente del joven Portugal, tomó cierto aire de gravedad, balanceándose al andar por las calles como un gran señor, de tal modo que mirado a cierta distancia, hubiera hecho pensar en un personaje de alto rango, de criterio claro y de profundas ideas, sino fuera que al observar bien de cerca su rostro mofletudo y lunático, y escuchar su

verborragia insufrible, se reconociera al momento al "mogo" y popularísimo Agapito Portugal de Las Tranquillas.

Durante la época de la adolescencia, fué en su pueblo natal, su ocupación favorita, detener el tráfico a las cocineras de la aldea, mozos de cordel y a los campesinos que venían a vender sus legumbres al poblado, gritándoles como un monarca desde el dorso de un jamelgo colosal, que montaba desde tempranas horas y que tenía algo de la rigidez y rudeza del legendario caballo de Troya, estas solemnes palabras:

—Oiga amigo:—Usted no conoce al Doctor Agapito Portugal! Dígale pues a mi compadre Ño Baltazar Quintero, que ya lo tengo arreglado su — asunto tierras—, pues he telefoneado eso al Presidente y al Secretario de Gobierno a quienes él sabe yo tuteo y trato como familia mía.

Cuando en 1903, había cumplido sus veinte años, Agapito Portugal, considerándose hombre importante y de figura, pensó propicio el mo-

mento para ir a lucir sus latentes habilidades diplomáticas en las ciudades del Viejo Mundo; y, obtuvo gracias a las influencias de una tia suya, doña Plímata Calderón y a su heróica necedad, obstruyendo en repetidos viajes a la metrópoli las escaleras y salones de la Presidencia, el importante cargo de Cónsul de la República en Malinas, ciudad del Reino de Bélgica.

Logrado tan honrosa misión, y días después de ya embarcado rumbo a la ciudad flamenca, el Primer Mandatario de la Nación contaba a sus Secretarios de Estados, que al firmar el nombramiento del joven Cónsul Portugal, comprendía perfectamente que la República perdía inútilmente su tiempo y su numerario. pero que en cambio de este sacrificio para el tesoro, había hecho desaparecer de las antecámaras de la Presidencia, a un compatriota del Interior más fastidioso que un tábano (mosca).

En la vieja Europa, ya en posesión de su alto destino consular, comenzó su turismo viajando por Inglaterra y Francia, Italia, España,

Marruecos y por la extensa costa del Mediterráneo De esta larga peregrinación internacional, no le quedó a la Patria ni siquiera el honor de que su ilustre representante aprendiera en ella, alguno de los idiomas extrangeros. En París, en vez de estudiar alguna asignatura en sus grandes universidades e institutos, gastaba sus noches en los cinematógrafos y el día entero recorriendo los arrabales distantes, comprando ropas usadas en los tienduchos de lances, llegando un día después de sus largas excursiones cotidianas, a presentarse contentísimo anunciándoles como un gran descubrimiento a un grupo de suramericanos que cenaban en un Restaurant Duval, que al fín, en la inmensa ciudad del Sena, había conseguido un barbero que hablaba el idioma español.

Del gran París, como el mismo apellidaba a la Ciudad-Luz, siguió viaje a Roma, donde no pudo ver en sus ruinas y antiquedades sino viejas piedras y escombros; y, ya cansado, con la nuca adolorida, de mirar inútilmente pinturas y estatuas de tantos museos romanos, resolvió a través de España, regresar a su amada Patria.

En Cádiz compró su pasaje equivocadamente en un vapor de carga del Mediterráneo, y en vez de tomar la vía de Occidente, tomó la del Oriente yendo a parar a Constantinopla. Allí, en la Imperial Bizancio, el Cónsul de España interpuso sus valiosas influencias con las compañías navieras, logrando reembarcar a su colega rumbo a Malinas, Bélgica, a donde se presentó dichosísimo vestido a la usanza turca, con babuchas, mameluco y féz.

De regreso a su patria, Agapito Portugal traía una existencia de vestuarios como para diez años de activa vida social. En su equipaje figuraban burras grises y de color tabaco, pantalones de cuadrito blanco y negro, sacos de distintos colores, que había comprado al ojo en los grandes baratillos del Louvre y La Samaritana en París, y muchos pares de gruesas medias y botines de gomitas color amarillo champaña. En sus maletas de viaje — además como bagaje sagrado, figuraban como trofeos conquistados en su larga estadía por Europa, una cinta del tricornio de Napoleón, un ladrillo del Foro

Romano y una bayena que arrancó en un museo perteneciente al corset de la Reina María Antonieta.

Ya de nuevo en su villa natal de "Las Tranquillas", y declarado en cesantía por el Gobierno, que tuvo a bien privarse de sus importantes servicios consulares en el Viejo Mundo, pensó entonces en establecer su buffete de jurisconsulto práctico basándose en el conocimiento de la supina ignorancia de los habitantes de su Provincia, especialmente en los campos, donde contaba con infinidad de compadres, trabajadores, bonachones e inocentes...

Necesitando pues, de organizar su biblioteca para impresionar bien al público, vió una mañana que de la casa vecina de Don Pío Malpica, mandaban a botar dos surrones de libros viejos pertenecientes a la biblioteca del difunto Juez de la aldea, y entonces, le ofreció al cholo que iba rumbo al basurero público dos reales para que se los vaciara en el suelo, al lado de un cajón donde guardaba su exíguo ar-

senal de libros, formados por dos tomos comprados a su paso por Cádiz, titulados "Las Memorias de un Eunuco" y "Las Trece Noches de Juanita."

Grande fué el entusiasmo del nuevo jurisconsulto, cuando además de encontrar allí, varios tomos de las novelas de Zolá, Carolina Invernizzio y Javier de Montepín, vió también dos libros que llevaban los nombres de la Codificación Colombiana y el Código Civil según la Conciencia, escrita por el Padre Valenzuela.

La oficina del Dr. Portugal que se abrió pues, bajo tales auspicios, en seis meses de vida jurídica no se vió solicitada ni siquiera para practicar una desocupación de casa, dedicándose el Doctor a leer durante horas enteras las novelas de Montepín y una Historia de una familia de proletarios a través de XX Siglos, dividida en veinte tomos.

Viendo, pues, que el tiempo transcurría así en el más supremo aburrimiento, pidió a su pa-

dre un dinero y se dirigió una mañana a la casa de Don Florentino Carreón, rico banquero de la localidad que acababa de entregarle a su dueño una casa que le tenía en retroventa, para proponerle el mismísimo negocio al propietario de la casa, siempre y cuando que Don Florentino, le hiciera a la mencionada mansión algunas reparaciones importantes.

Entonces Don Florentino — mirándole secamente el rostro — le contestó sin más preámbulos:—Portugal, cómo puedo yo gastar mi dinero componiendo una propiedad que no me pertenece, para garantizarle a Ud. mejor su proyectada hipoteca. Siento al decirle que nooo..., que en treinta años en el campo de los negocios, su oferta me ha parecido inaudita, por lo antifinanciera e insulza de la proposición.

Habiendo fracasado pues, en la diplomacia y en la carrera judicial, pensó con fundadas razones, que la política era un campo vasto y fértil donde con facilidad triunfan las más grandes mediocridades.

Como capital en el arte del manejo del Gobierno, que ahora iba a ocupar sus actividades y

luces, contaba principalmente con sus relaciones campestres y sus múltiples compadres, que había cultivado durante su residencia en Europa; enviándoles sus retratos y postales a estos genuinos analfabetos, fechadas desde las costas de la Gran Bretaña, desde la torre inclinada de Pisa y bajo las Catacumbas romanas: "te recuerda y abraza tu sincero amigo y compatriota, el Cónsul Agapito Portugal!"

Corría el mes de julio de 1909 y se aproximaba ya la fecha de la elección presidencial, y como la actual administración lo había dejado libre de empleos, a fin de que el Doctor Portugal pudiera prestar a su clientela jurídica de Las Tranquillas, todo el beneficio de su saber y de su larga experiencia de ex-turista y Cónsul de la República en el Viejo Mundo, estaba pues Don Agapito gozando de la más absoluta vacante.

Ahora bien, como la clientela del Doctor Portugal, brillara por su ausencia, y en los largos meses que estuvo establecido al frente

de su "buffete" de abogado, sólo se presentó un cobro de cuenta a un deudor moroso, y empleó el procedimiento del **"sapeo"** (arraigo), y como además no fuera consultado en ningún problema administrativo en el Gobierno local, se declaró hostil a la causa, empezando a viajar por los campos vecinos, prometiendo a sus amigos las corregidurías y cientos de hectáreas de tierras, ¡siempre que le favorecieran con sus votos en la nueva campaña presidencial; llegando a ofrecerles en caso de triunfo a muchos de ellos, hasta la Alcaldía de Las Tranquillas, olvidando que el noventa por ciento de estos honrados labriegos no sabían leer ni escribir. Sinembargo, todos ellos le ofrecieron sus votos al activo político y diplomático Doctor Portugal; unos por consideraciones de compadres, y los más por evadir sus charlas y visitas inoportunas durante las árduas horas de labranzas, que interrumpía Portugal con sus cuentos e historietas fastidiosísimas, y que según ellos en su lenguaje rústico, decían que por lo pesado e insípidas, le sabían a **chicharrones de cebo**.

Andando el tiempo y ya en vísperas de las elecciones, fué a enseñar a un amigo condisci-

pulo suyo, que era el Notario Público de Las Tranquillas, su discurso político, suplicándole le diera pulimento a los períodos más rotundos, a fin de alcanzar un éxito sensacional en la placita del pueblo el día de las elecciones!

El honrado notario, hombre de corazón y de buen juicio, al leer el soporífero y mal hilvanado discurso le dijo con toda franqueza que era incorregible, y que prefería para probarle su sincera amistad, acompañarlo al corral de su casa a picar un **haz de leña**, antes que remendar aquella pieza oratoria.

Así pues, llegada la fecha clásica de las elecciones, concurrieron junto con el Dr. Portugal a las urnas electorales, un grupo de once sufragantes que apenados de tener por cabecilla a Agapito Portugal, que zoológicamente hablando era el tipo perfecto del **tapir**, no se atrevieron a entrar por la calle real de la población, sino por los patios y calles laterales, donde al fin consignaron sus votos a favor del candidato sustentado por su compadre, el ilustre Cónsul, abogado y político de Las Tranquillas.

Después de las elecciones, y habiendo gracias a otros "leaders" políticos triunfado la candidatura por él defendida, el nuevo Presidente de la República, para premiar su importante labor política, nombró al Dr. Portugal, segundo suplente de la Gobernación de las Tranquillas.

Era el mes de Diciembre de 1909, cuando por enfermedad del principal y ocupaciones en su hacienda del primer suplente, se encargó Portugal del Despacho de la Gobernación, al siguiente día ordenó que dos gendarmes montados en enormes jamelgos semejante a su caballo troyano, rcorrieran las principales calles, con el fin decía de darle a todo extrangero que viniera de tránsito, una gran idea de lo que era urbanamente aquella población. Y llevaba sólo cinco días encargado de sus nuevas funciones, cuando llegó hasta el portal de su casa uno de sus compadres, saludándolo con cariño y las más llanas y respetuosas maneras.

—Que cuento de Don Agapito — No sabe Ud. que ya hace cinco días que soy el Gobernador

de Las Tranquillas — y en un tono despectivo lo mandó a comprar a una tienda vecina, una caja de cigarrillos King-Bee, dos de fósforos, otra de jabón y una damajuana de manteca, como un acto de magnanimidad y perdón.

Y ya en vísperas de entregarle el Despacho al Gobernador Pimentel, que por rogativa pública vino a encargarse de la dirección del Gobierno de la Provincia, metió en la cárcel a un minero jamaicano diciendo — que al hacerlo así, era para dejar la constancia de que en el pueblo de Las Tranquillas había un verdadero Gobernador!

Concluída su administración relámpago, y habiendo alcanzado el mayor triunfo potítico de su vida, la **segunda suplencia** de la Gobernación de su pueblo natal, se marchó a la Capital de la República, donde proyectaba realizar un antiguo idilio romántico!

Las características de su enamorada según cartas que escribió de allá a su amigo el Notario

de Las Tranquillas, eran las de ser—una muchacha grande ,gorda, simpática y bastante carona. Allí en las diversas fiestas sociales capitolinas, a donde concurría para cortejarla, llamó menos la atención como tenorio, que como devorador de sorbetes y sandwiches, pues llegó a alarmar tan grandemente a los anfitriones y vocales de turno de los clubs, que tuvieron que suspenderle las tarjetas que le habían dado como transeunte.

La perseguida novia, para evitar sus conversaciones fastidiosísimas y el escozor que le causaba verlo andar siempre con las gruesas medias de inviernos europeos, semi-caídas sobre sus botines de gomita color amarillo champaña. cuyas puntas terminaban en forma de trompa de cocodrilo, le rogó a sus amantísimos padres, que la enviaran por una temporada larga en el exterior, para evitar así las persecuciones insufribles del ilustre tenorio, ex-cónsul, jurista y político consumado, el Doctor Agapito Portugal!

El Gobernador Bandilio Pimentel

El Gobernador Bandilio Pimentel

II

Corrían los días de las elecciones para Diputados, cuando el Gobernador de "Las Tranquillas" Bandilio Pimentel, los dos suplentes, su secretario Billamonte y demás personas que lo acompañaban en su gira Oficial por la Provincia, hacían su entrada en la población del "Chumical", en los precisos momentos en que el Juez y el Alcalde de aquella localidad, se entretenían en corretear unos gallos en el atrio de la Iglesia, y la maestra pegaba bajo una arboleda de frondosos mangos, grandes gritos a un policía para que les trajera los muchachos a la Escuela.

El Alcalde Don Juan Corcino Muñoz, perteneciente a las primeras familias del "Chumical", había sido educado en Punta Delgaditas, donde en su juventud leyó muchos ilbros de literatura inglesa y también greco-romana.

Al entrar el Gobernador a la plaza del Chumical, todavía bajo la acción de los vapores del alcohol que en unión de su numeroso séquito venía libando en el camino, se reunieron sus copartidarios políticos, capitaneados por el Alcalde Corcino Muñoz, quien entusiasmado con la campaña eleccionaria había preparado con un mes de anticipación su discurso político de bienvenida.

Después de algunos disparos oficiales de cámaras y quemar varias moñas de cohetes, el Alcalde Corcino Muñoz se montó sobre una vieja carreta de bueyes improvisada como tribuna, para leer su pieza oratoria diciendo — que la causa que ellos defendían — es decir, la de los candidatos lanzados por el Gobierno, tenía que alcanzar el triunfo en las urnas electorales; y que el Presidente en el último manifiesto a la Nación, había dicho verdades eternas, como

aquellas grandes máximas de **Sagespier y Plutarco!**

El Gobernador Pimentel, cuyo rostro estaba aun muy congestionado por las bebidas espirituosas y que descansaba reclinado a 45 grados en un taburete de cuero de vaca que le habían traído allí como una gran distinción, al oír sonar como un camarazo el nombre del dramaturgo inglés en el pueblo del "Chumical," no pudo contener su entusiasmo y se puso de pié lanzando el siguiente grito:

Billamonte! Conteste en mi nombre ese discurso, que como las lluvias con relámpagos y truenos, viene en términos elocuentes...

Después del discurso del Señor Alcalde, se fueron todos a libar unas copas de vino de palma, y a almorzar un suculento caldo de gallinas que la señora alcaldesa había preparado para su Excelencia el Gobernador y sus numerosos acompañantes.

En medio del almuerzo, el Alcalde Corcino Muñoz recordaba satisfecho a Don Bandilio, como habían en años anteriores sacado los Diputados como ellos querían, usando dos papeletas de votación con el mismo nombre, habiendo logrado con sus poderosas influencias en la localidad, practicar la elección de Diputados, la víspera del verdadero día señalado por la ley, para efectuar los escrutinios....

Esto me recuerda — contestóle entonces Don Bandilio — aquella elección Presidencial donde tanto trabajamos los dos, sin tener necesidad de gastar siquiera las mentadas papeletas de votación, porque ellas fueron sustituídas por hojas de naranjos y de matillo. Y la ganamos — reafirmó el Gobernador, porque nuestros contrarios no pudieron concurrir a las urnas en pleno invierno, por haber yo mandado tan a tiempo a obstruír los caminos distritoriales con grandes troncos de árboles intercalados con ramas de piñuelas (espinas).

Y después de un corto silencio — continuó diciendo Don Bandilio: — Yo nunca he sido partidario de los "gringos" en el modo de hacer sus

elecciones; gastan mucha plata en esa política de bloses (bluffs) (refiriéndose a propagandas) y en general todos sus movimientos se vuelven puro Bul-Si (por decir Bull-Shit.)

Eso mismo digo yo — afirmó el Alcalde — Corcino Muñoz — aquí nosotros sin tanta bulla hacemos las mismas triquiñuelas políticas, porque al fín todas esas patrañas, no se vuelven sino números romanos y puras figuras de retóricas...

En medio del suculento almuerzo se oyeron gritos de una pelea en la plaza de Los Pocitos, donde se habían ido a las manos después de una acalorada discusión, el maestro de la Escuela de Varones y el Juez de la gallera, quien en la lucha de manos se le cayó la plancha dental sobre un estercolero de vaca.

El Gobernador quien llevaba aún en la mano un grueso muslo de gallina, su Secretario, el Alcalde y demás comensales del sancocho

oficial, concurrieron como autoridades a la rueda de la pelea donde habían muchos espectadores para implantar el orden público; y al lograr separarlos se oyó que el maestro le gritaba al Juez que — tenía la cabeza como una tula y que sentía no haberlo cogido por el pescuezo para torcerle el nervio acústico; mientras el Juez enfurecido le decía:—Tú no eres sino un negrito de esos muchos graduados en el Instituto, pretencioso cari-cortado y chupatero.

Días después cuando se destituyó por escándalo al Maestro de esa escuela, este se quejaba al Alcalde diciéndole que así eran las cosas de la vida, que en la Pedagogía se subía con la lentitud de una mata de palma y cuando se bajaba era con la velocidad de la caída de un coco!

Por la tarde hubo en el Chumical una gran cabalgata de las mejores bestias por las principales calles, y a las 7 de la noche comenzó el baile en honor de Don Bandilio en la Alcaldía Municipal, donde además del ilustre huésped y sus acompañantes se había congregado casi toda la selecta sociedad del Chumical.

En pleno baile allí se podía ver a uno de los músicos que tocaba el violín, llevar el compas zapateando el suelo y muy mal humorado diz—porque no le iban a pagar—y al guitarrista para que no se fuera le habían escondido desde temprano el sombrero.

En un momento de entusiasmo en que el Gobernador Pimentel pidió que se soltaran las parejas para hacer las figuras del baile del "Mono-Suelto" fué tal la alegría que uno de los concurrentes arrancó el instrumento de la boca del flautista, quien continuó silvando y echando salivazos por la boca, donde apenas le faltaban cinco dientes .

El buen baile es en el que se amanece — gritaban entonces las parejas, y ustedes músicos del Pereque repitió el Alcalde — no les importa tocar hasta la madrugada — pues es la misma hora en que ustedes se levantan todos los días a echarle maíz a los puercos.

Los bailadores entraban y salían del cuarto de las bebidas, donde torcían sus franelas mojadas del sudor. El Gobernador giraba al són de

un baile de media hora de duración, en que la pareja casi se le desmaya, y el chombo que tocaba el acordeón se volvía loco de ver allí tantas mujeres blancas, las que al pasarle por delante y para sostenerle en su tarea africana le gritaban: — magnífico Don Henrique!

El entusiasmo crecía grandemente, y hubo un momento en que unos pedían a Don Henrique les tocara la danza del Colibrí, mientras que el Gobernador para demostrar que era tan buen bailador como prefecto chalán, pedía de voz en cuello que le tocaran "Sobre las Olas" o una mazurca colombiana.

Ya estaba amaneciendo, cuando la señora del Alcalde Corcino Muñoz se acercó al Gobernador y a sus acompañantes para decirles que era una lástima el no haber concurrido al baile muchas de las parejas buenas, entre ellas una sobrina suya sumamente ágil, a causa de — las divisiones sociales que existían en la población.

A la salida de la comitiva del Chumical, el Gobernador discutía con su Secretario el que éste no le había entregado la mitad del dinero

de unas multas, que sabía había hecho efectivo en aquella localidad. Y en medio de las repetidas libaciones de "seco" que se efectuaban en todo el camino, se complacían de haber sacado triunfantes los Diputados por el Chumical, quienes dicho sea de paso al llegar a la Asamblea, llamaron la atención por su perfecta mudez, defecto que dispensaron benévolamente sus colegas en las Cámaras Legislativas diciendo que cual elocuencia se podía esperar de unos Diputados, que en su pueblo natal sólo se alimentaban con mangotes y cangrejos. Uno de ellos el Diputado Tranquilino de la Oliva, manifestó al clausurarse la Asamblea que no volvería más, porque el dinero que allí se ganaba, le resultaba muy amargo, diciendo que había pasado allí en algunas sesiones tumultuosas los más grandes sustos de Castilla. (es decir sustos verdaderos).

En la capital de la Provincia, Don Bandilio Pimentel se había hecho compadre sacramental del chino Chong-Si-Long, con el deliberado propósito de quitarle una fina mula mora muy pasitrotera y ágil, que necesitaba su Excelencia en

sus periódicas giras políticas y eleccionarias.

En tal virtud, dió un almuerzo en su casa de familia, e invitó al chino compadre a este agasajo íntimo, pero habiéndose demorado hasta las doce del día sin ir, la hermana de Don Bandilio cayó desfallecida, teniendo el Gobernador que llamar de urgencia al Doctor Rigidogerto Atencio, quien diagnosticó ser simplemente un caso de — estómago estragado — con el correspondiente sudor frío y debilidad general.

El asiático huésped, para justificar su retardo en no venir a las once que era la hora fijada por Doña Polinaria, esposa del Gobernador dijo — que estaba esperando que le bajara el desayuno — y que sentía mucho no haberse puesto en ayunas ese día, a fin de sentir apetito en la hora señalada por su aristocrática comadre.

En medio del almuerzo el chino al clavarle sus punzantes colmillos a un pernil de lechona asada, decía que le gustaba comer con abundancia, porque tenía las tripas gruesas, y estimulaba a su comadre Polinaria diciéndole:— tu come

muy poquita lechona, porque tienes la tripa delgadita."

Finalizando el almuerzo, vino a buscar a Don Bandilio que era como Gobernador el factotum de Las Tranquillas, un empleado del Hospital a quejarse de que iba a dejar su empleo, porque la nueva mayordoma no vivía sino rezando y había recortado la comida a todos los empleados de aquel benéfico establecimiento.

Yo no soy señor Gobernador — dijo el sirviente — un enfermo para que me tasen los alimentos. Mi desayuno hoy ha sido media tacita de café y un pringo de tortilla que es una medida para un niño, pues me gasté menos tiempo en tragármela que un zancudo en picar a una persona. Yo sólo vengo a ponerle en cuenta que ya yo soy un hombre crecido y acostumbrado a los trabajos materiales, y esa ración que me han dado sólo sirve para alimentar a los jovencitos plumarios. (por decir hombres de pluma, de escritorios).

Una tarde el Secretario del Concejo de "Las

Tranquillas" que acostumbraba comer a las cinco y a las ocho de la noche ya estaba bostezando del sueño, citó a todos los Concejales para una reunión a las siete y media, para tratar de la recepción de bienvenida que debía dársele en la cabecera de la Provincia, a una Comisión Científica que venía de los Estados Unidos a establecer el servicio de Sanidad en las principales poblaciones interioranas.

Era como las cinco de la tarde, cuando el Secretario fué a comunicarle al Presidente del Concejo, a quien encontró leyendo con gran interés unos libros que le habían llegado recientemente del extrangero.

Usted le dijo el Secretario — siempre entre sus libros verdad y por consiguiente andando entre las nebulosas... Y tú — le contestó el Presidente, serás siempre el alcaloide del pueblero raizal. Ya a los veinte años has sido Alcalde, Juez y Secretario del Concejo. Yo ninguna de tus glorias te las envidio y acerca de tu fortuna, me la comería en un desayuno y no me produciría ni indigestión.

A la hora fijada se presentaron los Concejales y demás notables de la población, para proponerle a Don Bandilio diera en su domicilio una fiesta a la Comisión Sanitaria bajo una frondosa arboleda de mangos y espavés.

Al oír semejante propuesta, Don Bandilio, atemorizado y sorprendido contestó:

Yo no puedo ceder el patio de mi casa para agasajar a esos científicos extrangeros, porque entonces tendría que limpiarlo de la basura y de los montones de estiércol de vaca, lo que me costaría como veinte pesos, y este gasto de **representación,** como Ustedes comprenden, de repente no me va a dejar mucha cuenta.

Algunos días después en una fresca mañana de verano, el Gobernador Pimentel estaba tejiendo en el portal de su casa una atarraya para pescar camarones, cuando de repente, entró en su domicilio el Jefe de Comisión a practicarle una inspección saniatria.

Grande fué su sorpresa al encontrar bajo la cama de Don Bandilio una enorme puerca que él llamaba la "consentida", diciendo que ella era huérfana y que había sido criada en la casa desde la edad de dos meses, cuando murió la madre de una epidemia que hubo en el pueblo de trancazo porcino.

En la pared correspondiente a la cabecera de su lecho, tenía un cromo representando a un enorme mono orangután subiendo a un árbol de corotú.

El Director de la Sanidad ordenó entonces a Don Bandilio a sacar de su patio doce carretadas de basuras; y como aún no había construído el escusado reglamentario, le dijo al maestro carpintero que lo acompañaba, de que si quería podía hacerlo por su cuenta, y entenderse en el pago directamente con su excelencia el Gobernador.

Al oír estas palabras el maestro carpintero le contestó así al Director de la Sanidad:

No me arriesgo a gastar por mi cuenta la madera y el cemento para este trabajo de cons-

trucción, pues nací en este pueblo y conozco como ninguno las gallinas de mi patio.

Don Bandilio sonriéndose de la desconfianza no muy mal fundada del carpintero, prometió al Director que lo haría construír, y en ese momento pidió a la cocinera una espina de naranjo para sacarse una nigua y luego siguiendo la sabia receta del Doctor Atencio, se echó en el hueco un poco de ceniza de tabaco para sacar la cola de la nigua, los huevos y todos los hijos...

De la capital de la República había regresaun ingeniero de nombre Liberato Marciaga que tenía instalado en "Las Tranquillas" una planta de luz eléctrica que funcionaba con grandes alternativas. Había ido a la metrópoli a defenderse de los injustos cargos que le hacían a su empresa un periódico titulado "El Alacrán" cuyos redactores tenían por lema no dar nunca satisfacciones, pero sí acptaban desafíos.

Don Bandilio no quería firmarle como Gobernador, las nóminas al ingeniero, diciendo

que con todos sus chimiliqués eléctricos, nunca había podido darle seguido a Las Tranquillas una semana de luz. En tal virtud, el ingeniero enfadado decía a sus amigos, que el tenía muchas cosas contra Don Bandilio que podía echarle a volar en los periódicos, y que si nadie lo hacía lo iba a hacer él, por tener el valor de sus convicciones y que él no era como el resto de los habitantes de esa población qu no se le atrevían a enfrentársele de frente.

En su defensa el ingeniero publicó — que si su empresa llegaba a fracasar, era por haber elegido a ese pueblo donde habían enterrado el sombrero de Don Quijote y la mula de Sancho Panza.

Calculen Ustedes — decía a un grupo de sus amigos — como será el orgullo de estas gentes, que en unas elecciones Don Bandilio envió un telegrama con el siguiente encabezamiento: Población Las Tranquillas, calle de la Tronoza, casa número 69, República Ismica, Hemisferio Occidental y Planeta la Tierra, para que supieran bien su dirección...

Y en efecto, Don Bandilio se enorgullecía de

su pueblo natal, de su familia y de sus influencias como Gobernador, hablando siempre de sus actos y procedimientos militares, en los corrillos y en las tertulias familiares, usando siempre el lenguaje altizonante y los períodos rotundos de los oradores de plaza.

El ingeniero al fin le publicó—que desde su Gobernación en esa Provincia, cada Distrito se habían convertido en una monarquía independiente, siendo el Gobernador un "KAISER" de Las Tranquillas, tan ignorante que no sabía ni los años que tenía, pero que él mismo calculaba como en 60, porque había asistido a tres combates: Río Chico, San Francisco y la pelea de Palo Negro, donde decía que la mortalidad fué tan grande, que los gallotes (cuervos) ya no comían sino de Capitanes para arriba.

Y en efecto, Don Bandilio que por temperamento era militar, había impreso en el freno de plata de su mula (la del chino) este nombre: El Imperio del Bigui" (nombre de su Hacienda), donde sus mozos andaban vaqueando con su levita negra, que él no usaba sino en los grandes actos oficiales y a otro de ellos le había dado su

frac para que se disfrazara y le cazara venados. Su máximo orgullo eran sus dos hijos varones llamados Bolívar y Galileo, habiendo nombrado para este último padrino al Rey Alfonso, quien por cortesía tuvo el hidalgo monarca español que hacerse representar por el Cónsul de España en aquella localidad.

El Alcalde Corcino Muñoz

El Alcalde Corcino Muñoz

III

Don Juan Corcino Muñoz (Alcalde del Chumical), fué llamado por su amigo el Gobernador Pimentel, para oír sus planes de Gobierno, en caso de ascenderlo a la Alcaldía de la importante población de Las Tranquillas.

En tal virtud, Don Juan ensilló su mula baya y se presentó a la ciudad residencia del primer jefe político de la Provincia, expresándose en los siguientes términos:

En caso Don Bandilio de que Ud. me confiara el importante cargo de jefe Civil de este Distrito, mi primera medida como autoridad municipal, sería aplicar en toda su fuerza el cumplimiento de la Ley de Vagos, la supresión de las lecherías en el poblado, causa de las calenturas de tantos habitantes de aquí que caen temblando como pollos; medida además de gran urgencia, sobre todo por las noches cuando va cualquiera a entrar a su casa a dormir, y en vez de puerta tropieza con un par de cuernos de vaca que andan por las calles en soltura. Además por varios vecinos de aquí he sabido de que un cholito—de Cerro Gordo—se ha robado en el pueblo varias gallinas y muchos víveres y a una comadre mía unos paquetes de guineos pesados.

Al oir estas declaraciones sensacionales, el Gobernador Pimentel gritó en su Despacho a su Secretario Billamonte: — Extiéndamele el nombramiento de Alcalde de "Las Tranquillas" a Don Juan Corcino Muñoz. Y al darle un estrecho abrazo le dijo:

Espero mi amigo que hará Ud. sentir su vara de mandatario en este Distrito, para honra de su nombre y brillo de mi Administración.

Al siguiente día se celebraba en "Las Tranquillas" el nombramiento del nuevo Alcalde con moñas de cohetes y varios disparos de cámaras, mientras Don Juan se instalaba en su despacho donde lo esperaban anciosos varios campesinos, para tratar asuntos relacionados con el ramo.

Al sentarse el nuevo Alcalde en su escritorio, en medio de un numeroso grupo, avanzó Ño Gavino Aisprúa procedente del Pedernal, diciéndole:

Vengo Señor Arcarde a consultarle este asunto. Por ejemplo, si yo tengo una vaca y pare una ternera, ésta ternera es o no es mía. Lógico Ño Gavino, respondió el Alcalde Muñoz— la ternera le pertenece.

Pues entonces si mi mujé acaba de parí de otro, el hijo de mi mujé, es o no es mío?

Don Juan rascándose la cabeza, con aquella argumentación terrible le habló en los siguientes términos:

Y Usted Ño Gavino, al quedarse con el niño qué piensa hacerle al verdadero padre de su hijo?

Pues náa señor Arcarde; Usté sabe que mi mare le jugó también tres veces bajeza a mi pare — por lo que yo digo — que quizá yo también no soy hijo de mi pare náa. Bien decía el difunto Ñorro que—ella era grande como una puerca de monte y que le gustaban tanto los hombres porque tenía corazón de potrero...

Don Juan al oír estas palabras dijo a su Secretario:

Anote en el libro de actas estas aseveraciones y torciéndose los bigotes lacios que le daban la semejanza con un gato de libro primario. preguntó a Ño Gavino:

Qué constancias tiene Usted para decir todas esas cosas...?

De eso estoy seguro replicó Ño Gavino, pues soy hombre legal y no pego nunca mentira. Yo, Señor Arcarde digo siempre la verdáa; y, cuando le digo iguana, es porque le he visto el rabo.

Al salir Ño Gavino de la Alcaldía, tocóle su turno por orden a Ña Marcela Ardines, quien había sido apeleada la víspera, y venía a pedirle auxilio al Alcalde, diciendo que esperaba protección porque su familia le había servido mucho al Gobierno.

Figúrese — Señor Arcarde — que por qué le cobré mi plata a María Piú Corrales, me pegó un garrotazo en la cintura, diciéndome que ella era una mujer honráa y que yo sí era un toro ya jugado por la Justicia. Nosotros hemos sido pobres si es verdá, pero nunca gente vagabunda. Mi papá era débil y frágil y no nos dejó a

nosotros sino el apelativo de Corrales (apellido), pero eso sí, ninguna plata. En cambio ella si fué aprovechada (heredada) y la legitimaron con plata; pues quedó con toda la mortuoria: cinco mil pesos en prendas que después se las llevó un hombre y que para componer y se las robó toas, y le quedaron también 18 toros de moñita. Yo le presté mi plata, porque sabia que ella era una mujer de anual (pensión). Cuando la guerra de Uropa que quedaron todos los pasos trancao, ella no tenía con que pagar la titulación de un terreno, y yo se lo presté. Ahora que ha recibido de allá dos mil pesos juntos que le mandó su pariencia (pariente), voy a cobrarle y me recibe con una tranca en la mano. Si usté Señó Arcarde no la castiga y me hace devolver mi plata, voy a ponerle pleito buscande un buen abogao.

Por la noche el Señor Alcalde en compañía de varios amigos conversaba en el portal de su casa. Era Don Corcino hombre locuaz y amigo de los buenos chistes y muy aficionado a relatar pasajes de la historia antigua. En uno de los

momentos de la larga conversación, que giraba sobre caballos, cría de puercos, negocios, y agricultura; se puso a narrar la muerte de Sócrates que había leído en su juventud en el Colegio de Punta Delgaditas; y que según recordaba había sido una escena horrible y sangrienta, pero por fortuna para el estoico filósofo griego, en el momento en que le fueron a pasar por el pescuezo el filo de la guillotina, le alzó la quijada Marat para que no le cortaran la barba.

Como esa noche también, era la ante-víspera del 12 de Octubre celebración de la Fiesta de la Raza, había citado a sus amigos y vecinos de la población para una junta informal, que al día siguiente debía celebrarse en el local de la Alcaldía.

La mañana siguiente se reunieron pues en el citado recinto, (que se continuaba como es frecuente en los pueblos del Interior con su domicilio privado), el Alcalde y todos los expertos en pelos (hombres de ganados y de bestias) para decidir si harían peleas de gallos, puercos encebados, fiestas de toros en soga y también de toros en barreras.

El secretario para echársela de original y de hombre de letras al corriente de todos los "SPORTS" que leía en las revistas extrangeras, opinó porque ese año se celebrara la fiesta con una regata de mulas (por decir carrera de mulas).

A mí me parecé también — dijo uno de los concurrentes, que debiéramos comernos esa puerca que de gorda tiene la boca virada y que está allí echada en su patio, para animar más la fiesta en honor de la Madre Patria.

De ninguna manera contestó Doña Blasina (esposa del Señor Alcalde) quien oía toda la conversación desde la cocina de su casa, donde estaba colocando para su marido una jarra de café caracolito.

Yo he engordado ese animal — continuó diciendo — para comerlo cuando estemos todos juntos en familia, y ahora dos de mis hijos andan por el Colegio en la Capital.

Desconcertados todos los concurrentes con la contestación en la Señora Alcaldesa, resol-

vieron ir en grupo a la Casa Cural para consultarle su opinión al Padre de "Las Tranquillas", el reverendo párroco Pacífico Rabalinera.

Allí al llegar el Alcalde, se expresó en los siguientes términos:

Señor Cura, todo el fondo que tiene el Municipio son veinticinco pesos plata para la celebración del 12 de Octubre, anivrsario del descubrimiento de América. Hasta ahora hemos pensado en banquetes, bailes y corridas de toros, y para nada de esto nos alcanza Usted que es hombre de luces qué opina y nos indica sobre esta situación?

Pues si ustedes son hombres juiciosos y verdaderos cristianos — contestó el Padre Rabalinera — deben seguir mis consejos: dejarse de muchas bullas y traerme esos veinticinco pesos para celebrar mañana mismo un Te-Deum, en sufragio del alma de Cristóbal Colón, y de lo contrario cometerá todo el pueblo un gran pecado bestial!

Días después de pasadas las fiestas en honor de la Madre Patria, doña Juana Venao vecina de "Las Tranquillas" se prsentó una tarde a casa del Señor Alcalde, para denunciarle a un español que se negaba a pagarle una cuenta de pan, diciéndole que para mayor desgracia ese bomhre era tan tinoso (tener tino) para hacer mellizos y que le nacían todos los hijos varones y que andando el tiempo iba a sembrar todo el pueblo de bandidos y malhechores.

Figúrese Usted — Señor Alcalde — que éste hombre lleva a los trabajadores a una finca de caña que tiene en San Pedro, El Nance y tampoco les quiere pagar, diciéndoles después que tomen de la casa lo que quieran, y entonces los mozos en pago le llevaron los sillones, la máquina de moler maíz, una lata de café molido y unos cordones de San Francisco para hacer trabas de gallos.

El Alcalde Corcino Muñoz pudo convencer a la buena señora de desistir de sus propósitos, porque sabía que el español tenía además un alambique cimarrón titulado "El Rápido" que manejaba un experto llamado popularmente

"PAJARITO" y que éste podía denunciar como cómplices en el defraude de la Renta de Licores a varios gamonales de la población de chalecos y levitas.

Mientras tanto, frente a la Alcaldía charlaban Casimiro Batista y Ananías González, el primero que acababa de prestar fianza a favor de una mujer que le imputaban el robo de unas pailas, le decía a González:

Te hizo simpre el Alcalde devolver las cutarras que te cogió aquel mozo en el jorón de tu casa?

Ay amigo!, no me lo acuerdes siquiera. A pesar de todas mis pruebas, todo lo dejó en "três tapas" en verdadero "bosquejo", porque al fin estos Alcaldes de los Distritos, vuelven todas las cosas un mismo caldo de iguana...

Y qué se hizo su caballo Garibaldi, preguntó Ño Casimiro?

Pues se me estaba poniendo viejo y lo vendí

a sesteos como las máquinas Singer, y como el animal se murió no llegué a recibir sino diez pesos y el resto no me lo pagaron, porque el comprador era pariente del Señor Alcalde y no me iba a meter en líos...

A la distancia en que se desenvolvia este diálogo, Don Juan no podía oír lo que decían contra él, porque estaba ocupado firmando una nota oficial sobre estadística dirigida al Secretario de Gobierno, en cuyo renglón final, terminaba enviándole muchos "saludes" y recuerdos para toda su respetable familia.

Y qué me dices de la mujer del Alcalde? — preguntó entonces Ananías González a Ño Casimiro Batista.

No me hable de esa mujer, figúrese que esa vieja es tan mala, que le cayó una vez un rayo, se la iba comiendo un lagarto y se perdió después en una montaña con tigres y ni siquiera la arañaron.

Calcúlese que a todas sus comadres les ha dicho que no hagan excusados de hoyos, como lo obliga el Departamento de Uncinariasis, porque ella le evita las multas y las saca al fin del chanchullo. En cambio porque un chombo curandero de las Islas, le recetó en el campo a una ahijada suya unas píldoras y le comió quince pesos y un par de zarcillos de oro, ella misma lo mandó a cojer e hizo meter en el cepo.

Mientras duraba esta conversación, el Alcalde, su secretario y tres policías se habían marchado hacia una empalizada de escobillas para hacer ejercicios militares.

Franco a la derecha, les decía

Paso de caminos!

Franco a la izquierda!
Franco al escobillar!

Tenía Don Juan Corcino Muñoz un hijo muy varonil, casado con una mujer galana con tres robustos y sonrosados hijos, y era tal su forta-

leza atlética que se había convertido en un fauno perseguidor de mujeres e inocentes vírgenes campestres.

Una mañana tropezó en un camino con cuatro hermanas a quienes quizo seducir en grupo, amenazándolas en caso de negativa con denunciarlas como cimarroneras (vendedoras de aguardiente clandestino), ofreciéndoles si lo querían regalarles unas parejas de puercos finos, con el hocico virado para adentro, y un anillo de oro que llevaba en el dedo, figurando la cabeza de una culebra bocaracá con dos rubíes en los ojos

Las buenas y honradas muchachas, fueron a decirle las cosas de su hijo al Alcalde, y él al consultarle a su esposa su opinión sobre estas quejas, la oyó decir sonriendo:

Juan, deja que el Ñopo se divierta, acuérdate que en tu juventud, tú también con las mujeres eras muy echao palante! Además, con él esas campusanas pueden tener hasta hijos de balde, porque salen tan inteligentes...

Había llegado ese año al pueblo de Las Tranquillas un rumano con un aparato cinematográfico anunciando funciones con maromas, y Don Juan Corcino Muñoz le compró por diez pesos la primera representación, para llevar a su familia y a sus numerosos amigos

Van a exponer dijo — a su esposa — dos grandes vistas: La Pasión de Cristo y Napoleon en Buena-Parte!

El rumano piensa con razón que aquí dará más funciones que en la población de Tierra-Hueca, donde la gente se quedaba hasta las diez de la noche en la puerta, porque no sabían si la función era buena. Sus gustos favoritos continuó diciendo — son las películas vaqueras y aquellas donde aparecen los Boy-Scouts persiguiendo a los bandidos mejicanos.

A las siete de la noche en el local de la gallera, el Alcalde, su familia y amigos invitados presenciaban la función.

El rumano agradecido le gritaba a la selecta concurrencia:

Aquí en este pueblo si me gusta trabajar porque encuentro a la gente mucho más espavilada (inteligente). Para mañana les ofrezco una película la más moderna de mi repertorio: La Guerra de Secesión Americana.

Ya finalizando la función, vinieron a llamar a Don Juan, porque a la casa de Ña Candelaria Quintero, le estaban tirando piedras y nadie sabía quién era.

Ay! amigo: — contestó el Alcalde: — eso mismo pasó en Las Guacas donde le empezaron a tirar piedras y bacinarios viejos desde las seis de la tarde, y me cuentan que eso fué tan feo, que ni el Padre Rabalinera que lo llamaron allí, se atrevió a entrar en la casa, donde los espíritus estaban tan bravos que llegaron hasta levantar en peso a Ño Tarquino y lo botaron al suelo.

Al día siguiente de este acontecimiento sensacional, el Alcalde Corcino Muñoz se fué a su Dspacho a atender al campesino Eulogio Del-

gado quien fué a contarle que llevaba trece años "amorado" con una mujer, y que ésta tuvo una enfermedad, vino el cura Rabalinera a confesarla y entonces los dividió (separó).

Yo quiero señó Arcarde que usté me devuelva a Ustacia, pues estando muy mocita me costó cinco pesos, una pollera de percal y dos perniles de ternera. Yo no la quiero para la marda, sino para que me ayude a trabajar en una roza de maíz y también en un cañal. Espero que usté me devolverá mi mujé y no dirá que fué ingratitú porque no voté con su amigo el Gobernador en la última elección. Yo siempre habíaj votao con la ley conservadora y Don Bandilio fué el que se pasó al Gobierno, y yo me quedé en mi puesto siendo un pobre campusano y el un cristiano decente.

En este alegato estaban cuando entró a la Alcaldía una mujer y su hija, un hombre y un policía diciéndole a Don Juan:

Mi hija Señó Arcarde la mandé a llevar un "bocao" de puerca (once libras) a mi marío que estaba en una "Junta" y este hombre le fartó en

el camino. Ella tiene quince años "cerrao" y todavía no se ha salido de la casa. Ya hacen varias noches que se nos metió en la cocina y la ha perseguío muchas veces en los camĩnos, montes altos y cojederos de aguas. Su gusto es andar diciendo que ya no le caben dentro de un libro, el número de las muchachas que ha tenío, y que en asuntos de mujeres pocos hombres le quedan bueno (a su altura).

Dígame su nombre le gritó el Alcalde al hombre a quien la mujer acusaba con tanta insistencia y rabia.

Me llamo Pablo Cisneros le contestó en seguida — soy del Macho de Ponuga, pero pago mi fagina en Montijo. No es cierto Señó Arcarde lo que dice esa mujé. Ella está disgustáa conmigo porque le aperrié una puerca golosa que me comía toda la yuca y me entraba en el cañal. Me ha gritao en mi campo, de que si yo no estaba contento con las siete arrobas de carne que pesa mi mujé, es porque ella parece una puerca visca metiéndose dentro de un maizal. Yo señó Arcarde — le juro a usté que yo no le he molestado su hija, quien paga mucha

mentira, pues siempre que la topo en el monte empieza a pelar los ojos como si fuera mono tití. Usté puede averiguar que soy hombre de ocupación que antes vivía en "La Gallota" donde tenía mi casa y mi labranza y que ahora vivo en el Macho de Ponuga y pago mi fagina en Montijo.

En la madrugada del siguiente día desfilaban por las calles de Las Tranquillas un numeroso grupo de amigos y coopartidarios rumbo al domicilio del Señor Alcalde, para felicitarlo efusivamente por haberse sacado una puerca que al filo de la media noche habían rifado en esa importante población cabecera de la Provincia.

El Padre Pacífico Rabalinera

El Padre Pacífico Rabalinera

IV

El Padre Pacífico Rabalinera fué nombrado párroco de la población de Las Tranquillas, donde se estableció como clérigo, ganadero, comerciante y destilador de licores.

Era oriundo de La Coruña y había venido al país en compañía de unos frailes que recorrieron la Provincia, casando a la gente con tanta rapidez y confusión, que después no se reconocían las parejas que habían recibido de ellos el vínculo conyugal.

Y al relatar esta gira de clérigos, recordaba dos años después Ño Pantaleón Guevara vecino de Las Tranquillas, que entonces tuvo que vender su yegua tan fina para los gastos del matrimonio; de lo que tanto se arrepintió después, de haber vendido un animal que andaba también en cuatro patas, para quedarse con Jerónima que pisaba tan mal en dos.

Después de varios meses de establecido allí el Párroco Rabalinera, se presentó un gallego compatriota suyo pidiéndole 3 mil pesos en préstamo al cinco por ciento mensual, para lo cual firmó un documento que el último hizo redactar a un reputado jurista que ejercía en la localidad.

Al cabo de un año fecha de su vencimiento legal, el gallego fué a la casa del abogado a decirle que el Señor Cura le estaba apretando el pescuezo, y que viera la manera de aplacar al párroco, quien lo había ya amenazado de secuestrarle la casa y todo el ganado que tenía dentro de su propiedad.

No te preocupes le contestó el Doctor — conociéndole yo su afán de ganar dinero, al re-

dactar el documento lo hice en la siguiente forma:

Fíjese amigo mío, de que si en uno de los párrafos le ponemos dos puntos, el Cura le debe a Usted la suma de tres mil pesos, y si le ponemos una coma en el renglón final, también está el Cura perdido, porque en vez de ser acreedor, queda simplemente relegado a la posición de testigo.

El Padre Rabalinera al darse cuenta de que había sido víctima de un subterfugio judicial, salió a explicarle el caso en un barrio de la población a Don Ananías Ruiloba, tendero y honrado compatriota suyo que ejercía el Consulado de España en aquella localidad.

Viendo a su llegada allá, que con todas las influencias de Don Ananías no tenía ya ningún remedio el mal, quizo aprovecchar su visita proponiéndole cambiar una escopeta de dos cañones que estaba colgada en el cielo-razo de su tienda por un par de misas cantadas.

A su regreso a la Casa Cural, pasó por la casa de Ño Tarquino Camarena quitándole

medio torete de su matancería, y entró arrastrando tres arrobas de carne amarrada a la punta de una soga, que traía pegada a su mula en que hacía siempre sus diligencias.

Al circular aquella noticia, Doña Blasina Campos llamó a su comadre Peregrina Marín para comentar esta desgracia que le había succedido al Sr. Cura en el primer año de su establecimiento en el pueblo de Las Tranquillas.

Después de escuchar el relato de como perdiera el párroco la suma de tres mil pesos, Doña Peregrina respondió:

Eso les pasa comadre por avaros. Yo soy vieja y por expriencia he visto que todos estos curas españoles al llegar a los pueblos del Interior quieren acapararlo todo: montan tiendas, hornos de cal, monopolizan la matancería de puercos y en cuanto a amoríos, ay comadre!, en cuanto a amoríos se pierden... de sus dominios como el Dios Momo!

Usted no se acuerda continuó diciendo, de aquel otro párroco que estuvo en Ganaderita y

al poco tiempo se enamoró de la Presidenta de las Hijas de María, y el acólito que era tan buen violinista también cargó con la Vice-Presidenta, las que al año siguiente tuvieron unos niños tan parecidos a los dos. Lástima de hombre que era tan buen orador y claro para explicar las cosas... Se acuerda Usted de aquella historia que nos refirió sobre Doña Pancha Caballero que le mataron el "querío" a la vuelta de una esquina, y que al momento le vino a avisar de que se encontraba ya en el Infierno, trayendo las manos y los piés tan calientes, comadre, que al pisar las tablas del cuarto, allí mismo se sintió el olor a cacho quemao. También nos refirió esa vez que todos los que morían en mala vida, se iban de la cama directamente para el infierno y que los que dejaban a su verdadera esposa para tomar una mujer de "asiento" lo menos que se pasaban eran cinco mil años en las pailas del Purgatorio!

Todavía me acuerdo yo, añadió Doña Peregrina, que en esos días decían que el Sol iba a tropezar con un cometa y que el mundo se iba a acabar, noticia que había propagao un sabio doctor inglés llamado Mister Porter.

El señor Cura, comadre, se subió al púlpito diciendo — que él conocía también la causa de las manchas solares, y de que en caso de un choque entre el cometa y el Sol, nada podía suceder, porque esto era una cosa igual que tirarle una guayaba dentro de la boca de un campusano quien se la tragaba entera quedándose fresquecito.

¿Y por qué se fué entonces ese párroco del distrito de Ganaderita?

Porque la gente se quejó al Obispo de que era muy exagerao en sus pláticas. Una vez comadre, para corregirse de este mal, se amarró con un cordel el dedo gordo del pié y le dijo al monacillo que lo jalara duro en caso de notar extravangancia. Al subir al púlpito empezó ha hablar sobre la nave que conduce a la Capilla de la Vírgen del Pilar en Zaragosa, diciendo que era larguísima como de una legua de extensión. En eso le templaron la cuerda, y no sabiendo qué hacer para componer la mentira gritó: Pero eso sí, apenas tiene la nave como una cuarta de ancho!

El pueblo de Las Tranquillas además de su nuevo párroco, era visitado mensualmente por Peregrino Cortés, otro español que había recibido órdenes menores como la prima tonsura.

Desde su llegada a la Capital ejercía la albañilería, pero en pueblos pequeños subía entonces a los púlpitos, donde descollaba más bien como un gran orador sagrado.

Una mañana del mes de Mayo, llegó a la población de Las Tranquillas y le pidió al Padre Rabalinera una comunión especial para las doce del día, y por la tarde recorrió todo el pueblo con tres bateas de novenas, escapularios e imágenes piadosas que volaron como pan caliente.

El Padre Pacífico al saber este éxito comercial, mandó a llamar a Cortés hablándole en los siguientes términos:

Compañero!, en este pequeño pueblo no cabemos dos paisanos de las condiciones de nosotros, o se retira Usted de aquí, o me voy yo de la población.

Entonces Peregrino Cortés después de fuertes palabras sobre la legalidad de sus negocios, se dirigió a la casa de Don Bartolo Monroy alegándole al venerable patriarca estas convincentes razones:

Vea Ud. Don Bartolo cómo tiene este Cura la Iglesia del pueblo, por todas partes hay puertas por donde entran los ganados al templo. Los Santos parecen que hubieran entrado en un combate; le faltan las manos, los muslos y las orejas. El piso del templo es un puro pantano donde nacen cientos de sapos que cantan toda la noche, y cerca del Altar Mayor ha dejado crecer una gran mata de ají pico de pájaro. Además, en vez de hacer la torre nueva, voló la vieja con dinamita, cobrándole al pueblo y que novecientos pesos por la demolición, dejando esa parte del edificio en el suelo convertida sólo en piedras y escombros...

Eso no es nada don Peregrino, replicó don Bartolo. A mí me cobró diez pesos por rezarle al cadáver de mi compadre Marcelino Santos, diciéndome que cobraba esta suma porque Marcelino en vida era muy pecador.

Mi hijo se fué a confesar y le puso de penitencia cargarle veinticinco totumadas de arena para hacerle una caballeriza a su caballo moro.. Nosotros quedamos torcidos, desde que le llevé a bautizar un ahijado que la madre quería ponerle el nombre de Marzo Flavio y se negó diciendo que eso era un nombre para un Pro- Cónsul romano y no para un hijo natural, y que lo cambiáramos por Teófilo o en último caso Federico. Ha dicho don Peregrino, que aquí no quedará ningún "barbao" que sea hombre de proporciones (recursos), sin que él los obligue antes de morir a hacer sus testamentos a favor de la Iglesia. Por sólo las misas de Requiem para el alma de la difunta Próspera, cobró cerca de trescientos pesos. A Ño Celedonio Rosas, viejo de ochenta años que vivía al otro lado del río, le ofreció casarlo con una muchacha galana, si le entregaba diez vacas por anticipao. Hace como siete días que regresó muy bravo de la capital de la República, donde lo encerraron en retiro, diciendo que lo habían perjudicado mucho haciéndole perder su tiempo de comprar en plena cosecha unos quintales de café nuevo, y que además él tenía que alimentar cada año al Señor Obispo y sus Secretarios cuando venían a Las Tranquillas; y finalmente que con esas

grandes pérdidas había purgado ya todos sus pecados cometidos con las mujeres, jurando no volver más nunca a esos retiros en la capital.

Acuérdese también Don Peregrino — continuó Don Bartolo, — que en la última Semana Santa predicó diciendo que aquí en Las Tranquilas no pudo recojer más de quince pesos de limosnas, que no le alcanzó ni para pagar los gastos de veintiún pesos de velas y diez en alambres y flores. Se puso muy bravo el día de Viernes Santo, prohibiéndole a los hombres cortar leña y montear, y a las mujeres, ni barrer, ni moler, ni pilar, porque le pilaban la cabeza al Señor! Mire Usted como andan estas cosas, que el sábado de Gloria no hubo con qué percinarse, porque un macho del Señor Cura se metio por la noche a la Iglesia y se bebió toda entera la pila de agua bendita!

Y me acuerdo también—dijo Don Bartolo—que ese sábado de Gloria estando en plena misa, vió que en el patio de la Sacristía le estaban robando las naranjas de un palo de su propiedad, y entonces empezó a gritar: sube, sube,

gran demonio, que siempre yo te he de cojer!

Su carácter irasible y pendenciero le hace enfadarse por cualquier motivo. En la Procesión del Viernes de Dolores se puso furioso insultando a todos los músicos porque le tocaron la danza del carnaval "Pescao", cuando él había pedido especialmente para esa fiesta una mazurca llamada el "Perico" y la marcha del Gavilán.

Su antigua costumbre de casar que había aprendido con los frailes con quien vino por primera vez a la Provincia, lo quería poner en práctica con Raimundo Villar quien no podía aportar a las bodas ni siquiera los trastos indispensables del matrimonio.

Yo Padre Pacífico — aunque soy campusano dijo Raimundo, que no uso zapatos sino una vez al año, no me caso con esa viuda por plata como Ud. quiere, y como lo hizo Pantaleón García, porque tengo verïienza y no me expongo a la crítica de la gente por sesenta cabezas de ganao,

cuando sé que esa viuda cuando moza se divertió aquí bastante y también en todos los campos. Yo Padre le digo a Usté que todavía ningún hombre de trabajo se ha muerto boca abajo, sino boca-arriba o de lao. Yo por nada le pido como Usté me aconseja prestao esa plata para casarme a Don Artiles Rodríguez y a Don Genevoso González, aunque sé que tienen mucho tiempo de ser ciudadanos de la Provincia.

Pues eres un gran estúpido respondió el Padre Rabalinera, en no aprovechar esa viuda y quedar acomodado. Para mí las mujeres son como los distintos vinos, unas mejores que otras pero malas ninguna.

Acuérdate que estamos Raimundito, continuó diciéndole en pleno mes del "Juancho" (junio) donde escasean el arroz, los frijoles y el maíz y te vendría bien esa viuda con sesenta cabezas de ganado de cría, seis puercos y cinco vacas mongutas.

De ninguna manera Padre contestóle Acosta: yo me voy ahora mismo a trabajar en mi cañal que tengo cerca del Bongo. Soy joven,

tengo vergüenza y se trabajar para ganarme el "volao"; esos tratos mi Señor Cura son para los jovencitos decentes del pueblo que sólo se atienen para vivir a la "guerza" viril de los toros.

Ya marchado del pueblo de Las Tranquillas el semi-cura Peregrino Cortés, el Padre Rabalinera repartió gratis por el pueblo la Novena de la Divina Pastora, diciendo a sus feligreses que esa sí era la verdadera alfalfa divina para los borregos de N. S. Jesucristo, y que Don Peregrino era un gran especulador y tan hipócrita que él creía había nacido hasta con bonete en la cabeza.

La mañana siguiente, el Padre Rabalinera celebró una misa por la ida de Don Peregrino, repicó un gran sermón e invitó a todos los fieles a gritar tres veces dentro de la Iglesia:

VIVA EL NIÑO JESUS!

VIVA SAN RAMON NONATO!

VIVA SAN JOSE DE LA MONTAÑA!

La población fué adornada con palmas y

echaron a volar las campanas anunciando la llegada del Señor Obispo procedente de la Capital!

Las matronas principales de "Las Tranquillas" habían reunido los mejores muebles de la aldea para adornar la residencia del Prelado.

Pasaban grandes patrullas de campesinos a caballo componiendo las delegaciones o embajadas distritoriales.

Pasó Chupampa gritaba la gente! Allá vienen Ponuga y el Cangrejal levantando grandes polvaredas, gritaba otro grupo de la población.

De repente llegó un "express" a caballo anunciando la entrada del Señor Obispo a "Las Tranquillas" , seguido de una multitud de aldeanos que lo acompañaban hasta la Casa-Cural, cuyo suelo llenaron de gallinas, pejes (pescados secos) y una gran cantidad de huevos de tortugas y de iguanas.

Días después de pasada la visita pastoral, el Alcalde Corcino Muñoz había obligado a los deudos a llevar un cadáver a la iglesia para que el Padre Rabalinera le rezara el responso, y en un momento de descuido del Señor Cura, le dejaron el muerto solo dentro del templo. Indignado el Padre, para castigar a la población, dejó de decir misa por muchos domingos y empezó a hacer propaganda contra las autoridades civiles en los campos circunvecinos y eliminó la celebración de la fiesta patronal del pueblo de la cual era el Señor Alcalde el Mayordomo Perpetuo.

En venganza a la burla que se le había hecho, arrancó la fé de bautismo de un hijo del Alcalde, candidato por el Gobierno a la Diputación sin haber cumplido los veinticinco años, único impedimento para la elección, y suministró en cambio a los oposicionistas una lista de difuntos para que ganaran en esa provincia las elecciones.

Pacífico Rabalinera se negó también a comprarle al Gobierno un Bono de Defensa Nacional en una guerra de fronteras porque le parecía

muy poco la rata del 8% al año, cuando sus otros negocios en "Las Tranquillas", le producían el módico interés del veinte por ciento semanal.

El Doctor Ridigoberto Atencio

El Doctor Ridigoberto Atencio

V

Era el Doctor Atencio oriundo de "Los Boquerones" y había llegado a Las Tranquillas como Médico-Militar en la última Revolución.

Vuelta la paz, escogió como centro de su profesión liberal la cabecera de la Provincia, donde ayudado por la familia Portugal, contrajo matrimonio con la hija de un rico hacendado de la localidad, fundando allí su hogar y una farmacia-policlínica.

El Doctor Atencio tenía un rostro de una fealdad indescriptible y era su carácter caprichoso y autoritario, lo que había agriado y endurecido más su constante vida en los campamentos, donde tanto se distanció en su práctica de la ciencia médica oficial, que andando el tiempo, su terapéutica llegó a ser personalísima e incomprensible para cualquier otro galeno del país.

El día de su matrimonio recibió de manos de su suegro como regalo de bodas, cuatro mil pesos en una factura de medicinas, dos mulas de sillas muy pasitroteras y una lujosa montura chocontana.

Acomodado pues financieramente en las Tranquillas, el Doctor Atencio comenzó a ejercer su profesión de pueblo en pueblo, con aquella doble autoridad que le daban la Ciencia y su carácter militar, haciendo sentir en todas las poblaciones de tránsito, todo el peso de su crecida tarifa médica en los clientes que solicitaban sus importantes servicios.

Su primera llamada como médico civil, tuvo lugar en la población de "Los Guíchiches",

donde requirieron sus conocimientos científicos la familia de Don Hilarión Jiménez, para asistir a este patriarca enfermo de una doble bronco-neumonía.

Allá llegó pues el antiguo galeno de la Revolución un día como a la una de la madrugada, llamándole mucho la atención, dos disparos de escopeta que a su entrada sonaron en la plaza de la aldea.

Momentos después al entrar a la casa del enfermo que estaba lleno de parientes y de amigos, le informaron que aquella detonación era debido a que acababan de fusilar un gallote (cuervo) para hacerle un caldo medicinal al ilustre gamonal de Los Guíchiches, quien en su lecho de enfermo según expresión de la familia, roncaba en esos momentos como una puerca degollada.

Al llegar a la vecindad del lecho de Don Hilarión Jiménez, el Doctor Atencio mandó a salir a los concurrentes que obstruían los cuartos y los pasadizos, preguntándole después a su esposa Doña Ludovina, cómo le había comen-

zado aquella gravísima enfermedad.

La buena matrona, con miedo de no poder contestar el interrogatorio del Señor Doctor, se percinó un tanto atemorizada, al ver su rostro diabólico muy lejos de esa dulzura y bondad que ella suponía era de esperarse en los semblantes galénicos.

Pasada la primera impresión de terror y haciéndose ya el ánimo de informar sobre la dolencia de su cara mitad, Doña Ludovina comenzó diciendo:

Mi marido principió a toser botando un flemal picado de ahogo. No es un jiri-jiri Sr. Dotol, sino un apechugamiento que le quita el resoyal y le aprieta la barriga; luego le entró la calentura, se engarrafiñó, torció la lengua y le entró el pujío...

Con el ruido de aquella narración, en ese momento se despertó el patriarca añadiendo al informe de su mujer las siguientes palabras:

Yo creí Sr. Dotol que iba a vivir muchos años, pues soy un hombre que nunca me he trasnochao, ni bebío purgas de botica, pero de algunos días para acá, noté que se me ventoseaba la leche y la lengua se me estaba poniendo espesa como una mota de guaba. Mi mujé me dió ese día dos onzas de Sal de Erson, que apenas me hizo siete veces, y me dió en el pecho un gran sobijo de manteca de macho con alcanfor. Para mí esta enfermedad me nace de haber ido a capar cinco puercos "Polán-Chan" a mi chiquero de "Charco-Negro", donde me mojé una mañana después de haber comido unos chicharrones calientes y entonces me vino el pasmo.

El Dr. Atencio durante esta narración contemplaba fíjamente la cara de Don Hilarión Jiménez que le pareció desde el primer momento la de un perfecto zahíno, y después de examinarle desde la cabeza a los piés, le dijo categóricamente:

Don Hilarion, es verdad que Ud. es hombre de buena carnadura, pero lo encuentro gravemente atacado de una pulmonía doble. Además tiene Ud. algo montado el estómago sobre el

bazo y muy inflamado el diafragma, que es una especie de entretela que nosotros tenemos entre los pulmones y el hígado.

Y en seguida le recetó para ponerle el estómago corriente una agua de piñuelas, y una frotación en el pecho con una pasta de ajíes pico-de pájaros, que hizo triturar en la cocina en la piedra de moler maza, luego le apretó la garganta y sajole la vena facial viendo con complacencia saltarle la pluma de sangre.

A esta terapéutica añadió para el día siguiente, su clásico purgante de los tres aceites (almendras dulces, castoria y de algodón en vez de olivas), recomendando la hora predilecta para tomarlo era la del menudeo de los gallos, es decir aproximadamente como a las cuatro de la madrugada.

Hecho esto el Dr. Atencio se retiró a su hamaca, y Doña Ludovina llamó a su hija Liborita (diminutivo de Liboria) diciéndole en voz baja:

¡Ay hija! Este curandero si que receta todo distinto. Te acuerdas de aquel otro gran dotol,

que pasó por aquí antes de la guerra, que curó a Ño Lino Bernal con cocimientos de guarumo morado y dos raspaduras, y que según supimos después hacía tan buenas curaciones, porque este hombre tan sabío era también hasta cura.

Serían las dos de la madrugada cuando Doña Crecencia Corrales entraba a la alcoba de su comadre Doña Ludovina Jiménez, en unión de su marido Don Januario Caballero, quien al saber la enfermedad de su compadre don Hilarión, se había puesto en camino desde su residencia, en la distante aldea del Aguacatal.

Comadre exclamó Doña Crecencia:

Usté no se puede figurar la sorpresa que nos ha producío la gravedad de mi compadre Hilarión. Así pues, hemos venío a servirle en lo que podamos comadre, y, también para que este gran Dotol me amedicine a Januario, quien lleva ya mucho tiempo perneando con una mardá. Además yo tengo mucho miedo porque Januario cuando joven fué muy tomista (bebedor de aguardiente), tomando el licor como su-

jeto y no como complemento en las fiestas de esos pueblos, donde a veces se pasaba hasta cinco días y sus noches sin quitarse los zapatos.

Estuvo también mucho tiempo amorado con una negrita llamada "Sunción" que creo fué la que le hizo el daño. Yo también sigo siempre con mis fiebres a pesar de haber tomado el el Aguacure, el Esanofele y la Contragabilana, remedios todos tan amargos que me han hecho botar muchas lombrices. Además, con todo esto sigo lo mismo con mi dolamen cansón que me impide pilar y moler, y siento en la nuca un dolor diario-mensual que no me deja mover el pescuezo. Ahora que he principiao a tomar las cucharadas del Toro que tanto receta el Dr. Atencio, y que están tan recomendadas, pero le digo comadre — que este remedio es fuerte de verdá. Al tomarlo uno tres veces se siente el cuerpo muy removío y la lengua amarga como retama. Pero a mí nada me preocupa tanto como la mardá de Januario, porque nadie me quita el capricho de que fue "enyerbao" por esa negrita Sunción a quien he hecho ya una manda para que se la coman cien gallotes (cuervos). Y lo creo así — continuó diciendo porque Ño Celedonio Florez que es bastante aplicao en

remedios, me ha dicho que para curarlo debemos darle el jugo de un murciélago cojido en Iglesia revuelto con la sangre de un sapo soltero.

En ese instante como Don Hilarión se quejara de mucha debilidad, Doña Ludovina interrumpió el diálogo para ir a ponerle en el estómago un gran beefsteak de carne cruda mojado con vino San Rafael, a fín de calmarle las fatigas.

Estaba ya amaneciendo cuando el Dr. Rigoberto Atencio, fiel a su hábito de madrugador, saltó de su hamaca para ir a pulsear a su enfermo, y, sorprendido del original "menú" que la dueña de la casa había colocado sobre el vientre de su marido, exclamó satíricamente:

Señora!, en otra oportunidad dele Ud. eso mismo por dentro y no por fuera, si quiere fortificar al enfermo.

Ya despierto el Dr. Atencio, la niña Liborita se dirigió a la cocina para torcerle el

pescuezo a una gallina, habiendo oído decir por la noche, que el Doctor no era muy amigo de los "yerbarios" (vegetales), y que en cambio su comida predilecta eran los "volátiles" (gallinas, pollos y pichones), tortillas, leche fresca y café que tiñera el pocillo y también sus grandes bigotes caídos que le daban marcado aspecto con el filósofo oriental Confucio.

A las 7 de la mañana cuando el Doctor ingería como un obispo su suculento desayuno, Doña Ludovina viendo que éste no comía sino el pecho de la gallina, le llevó una taza de mazamorra de leche, queso y nance diciéndole:

Dotol, coma Ud. también de esto, que pechuga solamente no es comida. Mi hija Liboria añadió — come más maíz todos los días que una pareja de puercos "Polang-Chang", y lo que son mis muchachos viera Ud. como comen el arroz revuelto con el frejol de bejuco, en lo que salen al mismo tata en el modo de comer. Déjelos que crezcan Sr. Dotol, para que vea usted en este pueblo lo que son sapos con pantalones (hombres de trabajo.)

Al levantarse de la mesa el Dr. Atencio se tropezó en el pasadizo de la casa con Doña Crecencia Corrales, quien ya había oído mentar la fama del facultativo de "Los Boquerones", a quien la gente apellidaba "ER GRANDE", después de un viaje en que fué llamado a la Capital a recetar al Sr. Obispo.

Sin más preámbulos entonces, Doña Crecencia le manifestó: Dotol, yo creí que Ud. vendría volando en esos aparatos que parecen gallotes (aeroplanos) y yo estuve asomada tres días en mi pueblo del Aguacatal a ver si Ud. se apeaba para consultarle allí sobre la mardá de mi marido y este niño, aprovechando que lo encontramos aquí donde hemos venío a causa de la enfermedad de mi compadre Hilarión. Mi marido pensó primero ir hasta Panamá a eso mismo, pero nos pareció después que allá no daríamos con Ud. Yo estuve allá muy mocita, cuando Panamá era campo, ahora me dicen que es una gran ciudá, porque los gringos la han juntao con Bocas del Toro. (por decir la Boca del Canal.)

El Dr. Atencio se acercó entonces a Don Januario, quien desde las primeras palabras del interrogatorio, le confesó que además de su en-

fermedad, llevaba siete mordeduras de culebra, pero que creía también que lo habían enyerbao (embrujado) durante un tiempo que tuvo como mujer una negrita Montijana.

Mi mujé Dotol tiene en Ud. tanta fé que ha coleccionao en la casa los telegramas con que Ud. curó a la niñita del Sr. Alcalde del Aguacatal, y sigue tan bien sus recetas que vive tapando a mis hijos con gruesas mantas y dándoles el expectorante de Jaine para que no se le enfermen de bronquitis.

Dígame Ud. Don Januario interrumpió entonces el Dr. Atencio:

Le han examinado a Ud. las aguas?

A mí nunca Sr. Dotol, pero yo sospecho que deben estar dulce como miel de palo, pues siempre por las mañanas encuentro mi bacinario cundío de hormigas y guágaras.

Entonces el Dr. Atencio enfáticamente pronunció esta solemne sentencia:

Ud. sufre Don Januario de la Diabetes, una grave enfermedad, pero puede vivir cinco años más con un cajón de medicinas que yo le mandaré a Ud. de mi Botica a mi regreso al pueblo de Las Tranquillas.

Y acercándose al niño de Don Januario, le examinó diciéndole que tenía inflamado la punta del hígado, pero que su enfermedad principal era las lombrices, para la cual requería con urgencia unas lavativas preparadas con agua de tabaco virgínico, kangaroo y algunos bejucos amargos...

Habían transcurrido siete días de asistencia médica, durante los cuales a pesar de todos los esfuerzos del Dr. Atencio, la pulmonía de Don Hilarión se agravaba cada vez más, hasta que el domingo en la madrugada día de San Pantaleón, expiró en medio de la consternación general, el amado patriarca de "Los Guíchiches."

La familia Jiménez aprovechando los múltiples conocimientos del Dr. Atencio, le pagó quinientos pesos por sus servicios médicos y trescientos por arreglarles la mortuoria, dándole

además cuatro gallos finos como un recuerdo de la cría de Don Hilarión.

El Dr. Atencio agradecido, supo al despedirse consolar a la familia Jiménez diciéndoles que no le quedara dolamén (dolor) alguno, porque se le habían prestado al difunto todos los recursos de la Ciencia, y que la enfermedad que él vino a curarle (la pulmonía) se la había curado, pero que el pobre enfermo siempre vino a morir de una complicación...

Y montando en su mula mora acompañado de un mozo que traía los gallos y el par de árganas con ochocientos pesos en plata macuquina, salió para "Punta Delgaditas" a cambiar unas Nóminas del Gobierno que le habían dado como sueldo de antiguo Médico-Militar y que en aquel puerto del Pacífico llegó a permutarlas por cien quintales de sal.

Su corta residencia en ese puerto la hizo en el Hotel de Don Lino Santamaría en cuya entrada se leía este aviso:

SIN EXCEPCION, NO SE FIA!

Y a continuación: Se venden baños de una lata de agua, de a dos latas con o sin jabón y toallas.

En la pared de esta posada se podía ver pintado un enorme cerdo y a un lado la palabra "diario", para decir como en un jeroglífico egipcio, que allí se vendía puerco diario!

Al ver llegar al Dr. Atencio, Don Lino se le acercó diciéndole: entre con confianza Dotol, que aquí se come abundante y fresco, pues toda es comida del país. No compramos mercancía a los Alemanes, porque esas gentes son sabidas como conejos, y nos han dicho que falsifican los víveres, como el agua, la leña y hasta el café de Castilla.

Y oyendo estas elocuentes palabras el Dr. Atencio un tanto fatigado por el viaje, se recostó en un taburete de cuero a 45 grados sobre el muro e interrogó a Don Lino sobre el Menú de su Hotel.

Pues bien — continuó diciendo: — tenemos camotas, frijoles y arroz.

No diga arroz Don Lino interrumpió el Doctor, que el arroz es comida de pájaros. Dígame si tiene gallinas, huevos y leche fresca que no tenga ni pelos ni garrapatas...

Don Lino resongando entre dientes dijo entonces:

Qué místico es el Sr. Dotol, y salió para la cocina a ordenar la comida especial del facultativo, mientras este conversaba con la maestra de escuela de la localidad, diciéndole:

Qué libro es ese Señorita que lee Ud. con tanta atención?

Aquí Doctor leyendo un libro de Conan Doyle en inglés, que es mi idioma favorito, pues el castellano es tan monótomo, no?

Por supuesto que siendo Ud. tan buena lectora añadió el Doctor, conocerá la Vida de Numa Pompilio?

Ay, sí! — por cierto que es una novela muy bonita, donde a la larga termina siempre el joven Numa casándose con Pompilia.

Y la maestra terminó este diálogo diciendo que los días de fiesta como ese se dedicaba completamente a leer, después de asistir a la misa mayor en la iglesia del pueblo que ella llamaba "nuestra basílica".

Al circular en la población costeña la noticia de la llegada del Dr. Atencio, empezaron a llegar los clientes al Hotel, a quienes Don Lino mandó a sentar en una banca, mientras el facultativo se dirigía enfrente a la Oficina de Correos, a hacerle una reclamación en nombre del Comercio de Las Tranquillas, quien se quejaba de graves perjuicios ocasionados por el retardo postal.

Señores, le dijo el Doctor:

Vengo a informarle a Uds. que Las Tranquillas a quien yo represento es una población de importancia: tiene más de mil habitantes, dos tiendas de chinos, capilla con bastante santos y matancería los domingos. Aspiro a que le llamarán la atención al contratista de los correos sobre la apatía con que se encamina la

correspondencia desde los puertos para los pueblos del Interior.

Inmediatamente al oír estas quejas el Director fué a buscar el saco correspondiente a Las Tranquillas que aún no había sido despachado, encontrando con sorpresa sólo un gran paquete conteniendo muchos números del Mensajero del Corazón de Jesús, una caja con rompecabezas y diez docenas de Almanaques Bristols.

De allí salió el Dr. Atencio con un estuche de pinzas sacando de casa en casa muelas a peso y en la otra mano, en un frasco con aguardiente llevaba varias muelas que ya había sacado sin dolor y que en pago había recibido varias gallinas, patos, gansos y otras aves de corral.

Apenas regresó al Hotel donde lo esperaban los pacientes, Don Lino le suplicó que viniera en unión de dos expertos para recetarle una puerca moribunda de trancazo (grippe o influenza en los puercos), a lo que el Dr. añadió que a su juicio y entender iba a morir de verdadera sofocación, por qué la habían dejado engordar

mucho y que daría al morir como veinte latas de manteca, flojas...

A su regreso a la sala pudo ver a unos muchachos preparándose para disparar unos camarazos en celebración de la Fiesta de San Rorro, y entonces el Doctor gritó al dueño de la fonda:

Don Lino, espanten a esos muchachos que con sus detonaciones me van a resabiar las mulas.

En el portal del Hotel esperaban al Dr. Atencio numerosos clientes que venían a recetarse desde lejos, y entre ellos hubo uno que sin pérdida de tiempo se le adelantó al grupo que le precedía, diciendo estas elocuentes frases:

Yo quiero Dotol irme con Ud. acompañándolo hasta la "Yeguada" para vender allí mi herencia de unas tierras que valen como cincuenta pesos, además recoger una daga que dejé en casa de mi tío que me costó cinco reales y enton-

ces irme para la Capital donde con su recomendación quiero emplearme como salonero.

Enseguida se le acercó una mujer alta, gruesa y con boqueras en la comisura de los labios, diciendo mientras el Doctor se ponía unas chagualas a causa de la inflamación de unos callos.

Dotol: yo quiero saber si me hace daño que mi marío me solicite, pues ya verá que desde que uno es una mujé comprometía, tiene que hacer lo que el marío le mande. Le pregunto—porque yo he abortao como 9 veces y gracias a la Señora Isidra que me sujetó el último muchacho, no me encuentro ya en el pico de los gallotes. Como esta comadrona se fué, le pedí remedio a la mujé del Sr. Alcalde para no tener más hijos, y entonces me contestó asustaa: mi hijita, no me meto en esos líos porque esas cosas son pecados...

Pues Señora, le contestó el Doctor:

Dígale a su marido que busque una mujer de "asiento", pues Ud. no se acure para tener

tantos hijos. Y acercándose más a ella le prescribió verbalmente unas duchas compuestas de malva, coquillo y permanganato, diciéndole que la dieta que debía tener era no jabonar, barrer ni pilar. Ya antes de salir del Hotel, le mostró la pierna al Doctor, pidiéndole para su erisipela alguna pomada o untura que le sirviera para su curación.

Señora, le contestó el Doctor: use Ud. más bien la Maravilla Lavarier que ya yo he visto en mi práctica que todas las pomadas y unguentos no sirven sino para engordar los microbios...

Terminada esta consulta tocóle su turno a Don Faustino Carpín quien entró haciendo la siguiente narración:

Dr: yo he observado que cuando me duele el dedo cabezón del pié es que me viene el paludismo, en cambio en la época de los primeros Nortes (vientos) el dolor lo siento en toda la pepita del ojo. Además me ha lamío una araña el ombligo y siento una especie de puyería

en todo el cuerpo donde me salen unas manchas que parecen lentejitas de monte en caldo de vinagre-vino.

El Doctor Atencio después de diagnosticarle paludismo crónico, le recetó su conocido específico para esta dolencia denominada la botella "Boquereña" conteniendo estos componentes: media botella de Ron seco del país, nuez moscada, quina, azufre, cogollos de lengua de buey, canela y clavitos de olor...

Después de esta última receta el Dr. Atencio manifestó a los otros clientes que volvieran al mediodía, pues esa misma noche saldría para Las Tranquillas, y después de almorzar con más apetito que un cura aragonés, se acostó en una fresca hamaca de palma de Chontá a dormir la siesta, y al meterle a la puerta una gran tranca (garrote), dijo:

Don Lino, éste es el único modo de descansar de verdad, pues estoy plenamente convencido que la palabra tranquilidad nos viene del latín, de "tranca".

Serían las tres de la tarde cuando llegó a la posada Ña Zoila Villareal con una ahijada procedente de un campo denominado el Sapo, para hacer examinar la muchacha diciendo que la habían calumniado.

Dotol: — Vengo a decirle que en mi campo no ha sonao todavía su nombre en nada malo, pero que una mujé de la "Nuca del Toro", ha dicho que ella se juntó con un hombre y yo quiero saber lo que pasa, pues, si no es cierto, la voy a llamar ante el Señor Arcarde, a menos que la muchacha de verdá, haya cometido en otro campo un desacato sutil.... Además estoy en la duda, porque por allá paso un adivino que conocía las enfermedades secretas siguiéndolo a uno con la vista, y me dijo que la muchacha estaba en cinta y que ese dolor de la cintura era la consecuencia de una mala pisada.

Después de un riguroso exámen el Dr. Atencio dió la razón al curandero, y recomendó que fueran buscando un Almanaque Bristol para ponerle nombre al muchacho.

Ay! Señol, exclamó Ña Zoila: — quien se iba a figural Dotol, que aquel hombre que seguía

a los enfermos con la vista iba a ser tan acer tao, y en verdá que me acuerdo que me recetó un gran remedio que después por mucho tiempo me dejó en la lengua un amargor...

A la salida de la luna viajaban en alegre compañía el Dr. Ridigoberto Atencio, su mozo portador de cuatro gallos y Rufino Fuentes, que en calidad de acompañante iba a solicitar su herencia en la citada población. En el camino Rufino aconsejaba al Dr. que a esos cuatro gallos de cola había que bañarlos diariamente, y después para fortalecerlos darles una fricción de ron blanco con alcanfor. El Doctor que no estaba de acuerdo con esas prácticas, le decía que el baño diario más bien los debilitaba, y que la ración de cinco tragos de agua todos los días podía engordarlos mucho y hacerlos perder la pelea.

Y precisamente, estando en esa amena conversación a la hora de la salida del lucero moledor (planeta Venus), llegaba a Las Tranquillas el ilustre facultativo de "Los Boquerones", con todos los trofeos conquistados en su gira profesional: ochocientos pesos en las arganas, cuatro

gallos fieros y varios pesos en plata suelta, provenientes de algunas consultas médicas y muchas extracciones de muelas, sin fracturas y sin dolor.

———

En la población de Las Tranquillas le esperaban ansiosos su esposa y su numerosa clientela que en su ausencia recetaba la buena señora, después de consultar noches enteras al Médico-Práctico del Hogar y un lujoso tomo del popularísimo libro médico denominado el Czernovich.

Dos días después ya reposado de sus fatigas del largo viaje por la Provincia, el Dr. Atencio se fué al patio a echarle unos buches de agua fría bajo la cola de sus finos gallos, preparándolos así para los próximos desafíos en los meses del verano.

En esta ocupación estaba cuando su excelente esposa vino a recordarle que debía escribir una carta para Norte América pidiendo un microscopio del mismo modelo que usaban en los pueblo el Departamento de Uncinariasis.

Mi hija le contestó el Doctor: — ahora mismo no puedo ocuparme de asuntos de microscopios, pues voy a enyugar enseguida un par de bueyes bravos en una de mis carretas que debo despachar hoy mismo para "Punta Delgaditas", a buscar cien quintales de sal que logré felizmente cambiar por aquellas Nóminas de Médico, que tenía sin poderlas vender desde los tiempos de la Revolución.

De nuevo en su residencia de Las Tranquillas comenzó a visitar al Doctor su numerosa clientela, entre ellos muchos del campo de la Laguna que vivían siempre reventados (ulcerosos), a causa según decire s de la gente, porque se alimentaban con sapos.

Ya desde la hora del primer cantío del gallo, la gente se acumulaba frente a su Botica, y al abrir la puerta comenzaban a referirle que sus dolencias le habían principiado por ejemplo:— desde los últimos cortes de arroz, o desde la pelada de la tierra, como fechas de referencias.

Uno de ellos, Don Luis Esperidión Batista. llegó a encaramarse verticalmente sobre la mesa

de exámen con su sombrero pocrieño en la cabeza diciendo: —Ud. me dispense Dotol, porque yo sin sombrero no me hayo.

Hace tiempo, continuó Don Luis: que después de un baño a mediodía, he quedao sin sensibilidad de la cintura para abajo. Me duele mucho la asadura, el cielo de las costillas y aunque me tomé unas píldoras Rueter (Reuter) que de nada hasta ahora me han servío, pues yo creo que esas píldoras no sirven para nosotros los viejos tan empachados.

También me he puesto añadió: — muchos parches de caraña para esos vientos tan descompuestos, y he usado el diente de perro para el dolor de barriga, y el ojo de venao para mi cojera, sin conseguir mejoría alguna.

El Dr. Atencio después que lo convenció de que debía ponerse en posición horizontal y de examinarlo detenidamente, le indicó las inyecciones de "606", porque según el facultativo de los Boquerones, esa dormición en las piernas eran consecuencias de la Sífilis.

Ay! Dotol replicó Don Luis: Yo le tengo mucho miedo a esas inyecciones desde que se las pusieron a mi compadre Damián Zorrilla, quien estuvo seis horas sin juicio y echando espuma por la boca. Yo no se si fué el remedio o porque se bañó trasnochao, lo cierto es que se le viraron los ojos y casi se vuelve loco. La mardá Dotol—le comenzó a él, como un ataque de Epilesía el día de San Pantaleón, y desde entonces lo que habla no sirve, su conversación no es legal. Ahora de aquella niñita que yo había criado con una azúcar tan buena sacada del cañal de "La Graciana", Ud. sabrá que siempre se me murió de pujos, cuando yo creo que la muchachita hubiera pegao criándola con chicha loja o sino con maíz nacido.

El Dr. Atencio recetó entonces a Don Luis unas medicinas secretas prohibiéndole comer cangrejos, bollo de maíz nuevo colao y huevos abotonados con pimienta, explicándole que ese baño le había revolucionado el organismo por no haber seguido aquel antiguo consejo, de que desde los cuarenta para arriba no te mojes la barriga.

Al despedirse le pidió al Doctor que fuera

en gira por la Laguna donde morían muchos niños del mal de los siete días (mocezuelo) y la epidemia de los lomos, que las madres suponían allí, que eran las brujas que le chupaban a los muchachos el ombligo.

Por allá anda ahora un Dotol homopata añadió Don Luis, dándole unas aguitas a Don Basilio Urieta que tiene el hígado supurao, y que ha ofrecido curarlo sin operación, diciendo que la medicina homiópata tenía **grandes reasorbentes**.....

Y quien es Don Basilio Urieta interrogó el Doctor, sorprendido de la relación de Don Luis?

Pues aquel hombre, jalto, grueso y cabezón, que usted le sangró una vez por la naríz para evitarle un derrame de sangre dentro del cerebro. No recuerda usté que en esos días le prohibió la leche de vaca al enfermo, leche que Ud. se tomaba con tanto gusto, y que después que Don Basilio se curó le dijo Usté a la familia, que entonces si podían darle la leche al enfermo.

El Doctor Atencio recordó entonces aquellos días de su permanencia en La Laguna, donde

sólo se alimentaba con leche que tan sabiamente le suprimió al enfermo como medida proteccionista para su vida en el hogar de la familia Urieta, la que al verle nutrirse con este líquido y algunas legumbres frescas, decían que el sabio facultativo se iba a volver puro potrero. (pura yerba).

El Dandy Felipito Aisprúa

El Dandy Felipito Aisprúa

VI

El Dandy Felipito Aisprúa, era el tipito del pueblero raizal, que enamoraba a las muchachas de su población natal de "Los Barriales", escribiéndoles primero un acróstico, y luego visitándolas en los portales por las noches, donde les hablaba sobre lo que había vendido ese día en su tienda, el alza de los comestibles, la dirección de los vientos y las probabilidades de la lluvia.

Una noche su futura suegra Doña Mónica Villarreal, se durmió tan profundamente oyéndo-

le aquella charla soporífera e insulsa, que la novia (su hija) la tocaba con el talón para despertarla, lo que no pudo lograr a pesar de que la buena matrona al verlo aproximarse hacia el portal, había ingerido para espantarse el sueño una jarra de tintísimo café.

El joven Felipito esa noche disertó sobre las pailas y descachadoras de miel, mosto y alambiques que tenía anexo a su almacén, ofreciéndole a su futura llamada Margarita, una muestra de un vinito español muy bueno, diciéndole que antes se vendía a quince reales la botella y que a causa de la guerra había subido a quince y medio...

Estando en esta conversación que Margarita soportaba con resignación suprema, se le paró a ella un mosquito en la sonrosada mejilla, y al contemplar al zancudo chupador, Felipito juzgo propicio el momento para lanzarle la declaración amorosa, diciendo después de un prolongado suspiró:

Ay! Márgara, quien fuera ese bichito!

Y como Margarita Villarreal al oír ese piropo tan subido de punto, se escondiera enseguida

en un cuarto de la casa dejándolo sólo en el portal, el audaz Felipito corrió asustadísimo a preguntarle a su hermano que era poeta y hombre de mundo y a quien su padre daba diez pesos semanales con la condición de que no se le metiera en la tienda, si a su parecer con aquellas palabras no habría ofendido a su novia, quedando ante la familia como un propasado y atrevidísimo tenorio.

A los tres días del suceso, en busca de la reconciliación pasaba a caballo Felipito rastrillando y sacando chispas al empedrado, sin atreverse a virar siquiera el rigidísimo pescuezo en señal del más grande apenamiento.

Hecha las pases por mediaciones de unos buenos vecinos, Felipito marchó a la Capital a comprar la ropa del matrimonio, entre la que figuraba un Smokin blanco, que al ponérselo se sentía todo una figura social.

Por primera vez en la metrópoli, aprendió unos bailes que él llamaba One-estéban, y constantemente echaba terminachos en inglés, asegurando que manejaba la lengua.

Su padre Don Apolinar Aisprúa, al oirlo cantar la canción del "frisolongo" (Its a long way to tiperary), llamó a un ingeniero inglés para cerciorarse de verdad, si su hijo "no negaba fuego." (de si hablaba realmente el ingles.)

A veces para demostrar sus conocimientos, Felipito se ponía a leer en alta voz algún periódico de la Capital, pronunciando así las siguientes palabras:

El Dotol Anuncio (por decir d'Anunzio), no saldrá de Fiume ni vivo, ni muerto! Y en cambio cuando estaba en sociedad no hablaba sino de géneros, caballos y purgantes...

Una noche se puso enfurecido en un juego de prendas, porque en una penitencia aludieron a su mentecatez proverbial. Entonces se retiró a su casa, se vistió de negro y vino a desafiar a todos sus compañeros de juego, diciéndoles que por la ofensa recibida, estaba dispuesto a batirse "haciendo cumplir las leyes que entre caballeros rigen."

Su vida fuera de la tienda y del alambique, era entre las muchachas del pueblo la de un

verdadero colibrí: siempre picando flores y comiendo cogollitos de lechuga.

Una vez, acompañando a un grupo de muchachas que habían ido a un paseo a las minas del Remanso, ellas para divertirse hicieron un Judas de trapo de tamaño natural, lo colgaron por la noche de las ramas de un palo de mango y le dijeron a Felipito que las fuera a defender, pues era un peligroso ladrón que se les iba a meter dentro de la casa.

Felipito avanzó entonces hacia el árbol con pistola en mano, diciéndole diplomáticamente al Judío: Buenas noche, amigo!, produciendo en el grupo de las muchachas la risa general.

En el mes de Diciembre de ese mismo año, el padre de Felipito queriendo que fuera ya un hombre serio, lo precipitó al matrimonio.

La nochhe del compromiso le pusieron a Margarita el anillo estando su mano detrás de la silla, porque tenía mucha verguenza.

Durante la cena se comieron los novios un par de huevos fritos en señal de distinción sobre el resto de los comensales, los cuales se entregaron al baile.

Felipito recibió entonces de manos de su futura suegra Doña Mónica un alfiler de oro que la buena y sencilla matrona, llamaba una espina de corbata.

Para prepararse para el matrimonio con dos meses de anticipación, el joven Felipito dejó de beber vino, fumar y pasear por las noches, diciendo que ya se había puesto en la **dieta del casorio**, contrariando la opinión de sus amigos, que le instalaban a salir por las noches... a fin de que se le **desfrailara** el **pensamiento**.... (despejar).

Llegada la fecha de su matrimonio, sus amigos discutían en "Los Barriales" sobre los distintos regalos de bodas, hablando unos de lechonas, otros de vírgenes y santos y hamacas frescas de paja, y los demás eran más bien partidarios de regalarle para el matrimonio, espejos, floreros, polvos y paquetes de jabones Reuter.

La mañana que se fué a confesar, el cura lo tuvo seis horas arrodillado, pues tenía más de cinco años que no oía una sola misa ni cumplía sus deberes cristianos:

Ya en la Iglesia el día de su matrimonio, el Padre le dijo que sacara las trece moneditas rituales en esa santa ceremonia, a lo que contestó Felipito, que no cargaba plata suelta sino billetes de Banco. Entonces uno de los concurrentes sacó el dinero de una chácara y se la entregó al Sr. Cura, diciéndole después de la bendición: agárrala Felipito que ya la muchacha es tuya.

Felipito al oír estas inoportunas palabras, y apenadísimo ante la concurrencia que llenaba la Iglesia, dijo en voz baja a su amigo: Toribio! No seas tan cari-limpio, no seas tan cari-limpio!

La comitiva novial al salir del Templo desfiló por la plaza mayor de Los Barriales alumbrándose con una linterna de cazar venados por temor de caer en un charco de agua o que los picara una culebra en el camino de la casa novial.

Al siguiente día, después de la Velación, los padres de los recién casados resolvieron acompañarlos hasta la mitad del largo camino de cabras conducente a la metrópoli, donde llegaron los novios tratándose de Usted, porque aún no tenían entre sí la suficiente confianza.

En plena luna de miel en el Vapor "Los Santos" de la Navegación Nacional, hablaban sobre las libras de arroz, frijoles de palo y de bejuco que llevaban como provisiones, por ser comprados en el Interior a precios menos costosos de lo que valían en la Capital.

El Juez Gorgonio Manila

El Juez Gorgonio Manila

VII

El Juez Gorgonio Manila oriundo de la población del Bichal, era hombre de conocimientos jurídicos, honrado y escrupuloso en el cumplimiento de su cargo, pero debido a su carácter irasible y a su reducidísima estatura física, sus enemigos le intrigaban el puesto y trataban de aminorar sus méritos, diciendo que su pequeña talla era sólo comparable con el ganado popularmente llamado la tercera de Ocú.

Fuera de la Judicatura, su amor predilecto era por la abogacía y la pirotécnica, siendo un

hábil especialista en la fabricación de fuegos artificiales, globos de papel, cohetes, luces de Bengala y todos los trabajos de química, principalmente donde entraban como componentes las sales de Estroncio y de Barita.

Estas palabras textuales repetía Don Gorgonio a un extranjero que lo escuchaba en el Juzgado Municipal de Martincito, mientras preparaba sobre la mesa de trabajos los adornos y fuegos artificiales para la placita del pueblo, donde las constantes detonaciones de los camarazos anunciaban para el día siguiente las festividades de Corpus.

Quisiera decía Don Gorgonio: establecer aquí una oficina de negocios judiciales, pero desgraciadamente en estos pueblos del Interior, la Abogacía no deja ni para los calzoncillos...

La brutalidad repetía — no es aquí una planta exótica sino una siemprevivas, pues basándome en la observación de muchos años es que he declarado públicamente que el nivel intelectual de Martincito está a diez grados bajo cero.

Para confirmar mis ideas, escribí a la Capital a un Doctor en leyes muy amigo mío, para que viniera a conocer esta población a ver si nos asociábamos, y después de dos días que tiene aquí conociendo el personal me dijo con toda franqueza:

La única manera Don Gorgonio como puede un jurisconsulto quedarse en este pueblo, es que le roben a uno la mula de silla impidiéndole seguir el viaje.

Tiene Ud. razón Doctor le contesté entonces: Hace varios días porque pasó a una altura de tres mil pies un aeroplano, tuvimos una seria discusión Don Bartolo Caballero Joro (por decir junior) y yo, porque él me sostenía que a ese paso Martincito llegaría a ser como un París. Por cierto que a este Don Bartolo, no le gusta hablar sino en términos rimbonbantes y con palabras rubendaríacas (Darío). El se cree un gran Cicerón y tuvo el atrevimiento de llamarnos en las pasadas elecciones, estúpidos y alcohólogos, cuando yo creo que la cabeza de él está más hueca y vacía que un mismo bacinario viejo. Para mí Doctor, este hombre desde que lo conocí ha sido siempre el tipo perfecto del

guache colombiano. Cuando llegó a este país hace ya varios años y vió por primera vez en la Capital a un ferrocarril, vino a contarnos muy sorprendido de que el tren era — un rosario de cajones, con fuego adelante, fuego atrás y nada de mulas... Se enemistó conmigo porque le aconsejé que no leyera unos versos malísimos titulados el "Poeta en el Bosque", que había compuesto para una fiesta patronal y que siempre llegó a recitar en la Escuela Pública de Martincito, donde los maestros para premiar su esfuerzo mental al no conseguir los clásicos laureles, lo coronaron con hojas de chumico.

Cuando llegó aquí vino en compañía con otro guache, chiquito y feo como un huevo de vicio, hipócrita y falsísimo que creo vino al mundo con bonete. Era de apellido Lozano, y tenía todo menos de lo sano, pues la policía le sorprendió en su poder un cuño de monedas falsas. Tampoco simpatizó conmigo porque no le oía nunca sus cuentos fastidiosísimos que narraba con aire de veracidad, poniendo muy erguido su pescuezo de sardina frita.

Y por qué le intrigaban su destino de Juez Don Gorgonio, le interrumpió el Doctor?

Mis enemigos contestó: trataban de enemistarme con el Presidente, pero no pudieron jamás hacerme ningún cargo concreto. El Gobernador como una vil intriga, me propuso cambiarme de Juez por Alcalde de un Distrito, para entonces destituírme, dejándome colgado en el aire. Ese mismo día al saber la propuesta del Gobernador vinieron diz que a felicitarme, y yo les contesté que expusieran sus ideas y en qué basaban sus felicitaciones, pues yo no estaba resuelto a caer en la trampa en que me quería hacer caer el Gobernador y sus amigos íntimos.

Y entonces qué razones tenían ellos para quererlo desquiciar a Ud. de la magistratura judicial que tan cumplidamente desempeñaba, le preguntó el Doctor?

Pues ninguna dijo Don Gorgonio, tan es así que yo acabé por demostrarle al Presidente que todos los cargos que ante él me hacían, eran puros SOFISMAS y PREDISPOSICIONES GRATUITAS...

Uno de ellos por cierto era Don Faustino Santamaría, un gamonal de aquí que siempre

anda en pleitos con los tribunales, porque tener constantemente un proceso judicial le parece ya un asunto de honor.

Este Don Faustino en una "Junta" que hizo en su hacienda de "El Resbalón" apostó comerse la comida de quince mozos, diciendo que nosotros los hombres de pluma no comíamos sino homeopatías, y que si otro s habían gozado más que él con la cabeza (el pensamiento), en cambio él había sentido mayor placer con las quijadas. Y es también verídico agregó Don Gorgonio que para presidir la comida, ponía en la mesa una damajuana de vino de palma, se ponía en fuego (ebrio), luego ensillaba el caballo y empezaba a pagar sus cuentas. Era frecuente también verlo en esta condición entrar en la gallera y en vez de plata apostar a un gallo 500 mangos y 1500 plátanos de una finca bananera que tenía denominado "El Disparate."

Es el hombre, Dr., más recio que he visto para bautizar; hace dos semanas que en un solo día bautizó a dos de sus hijos e hizo cinco confirmaciones.. Y eso que nunca se ha casado, diciendo que es por no darle el gusto a la gente de que lo vean envejecer al lado de una sola mu-

jer, y que así estando suelto se encuentra más facultativo. (expedito). Para bautizar a una de sus hijas registró todo el martirologio cristiano y no satisfecho le puso entonces el nombre de Nesodemia Asteria, que seguramente extrajo de alguna novela de folletín editada en la Librería Maucci de Barcelona..

La víspera de despedirse el Doctor, el Juez Gorgonio Manila lo invitó a una lagunita vecina denominada la "Poza" a presenciar el ensayo de un vaporcito construído por un hábil mecánico de la localidad.. Al llegar a la orilla del laguito, junto con numerosas gentes del pueblo, el vapor comenzó a andar en distintas direcciones, hasta que al fín hizo explosión con gran sorpresa de los concurrentes.

Lástima gritó el mecánico, cuando el buque tenía un nombre tan glorioso y bonito: le habíamos puesto el "VOLIBAR"!

Con razón exclamó el Dr., en medio del grupo de gente que vió naufragar el barquito, pues con esa ortografía en señal de protesta tenía que venir la explosión.

A su regreso a la casa el Juez Gorgonio Manila en compañía del Doctor, fué llamado para hacerle el testamento a Ño Reducindo Piña que estaba paralítico y ciego. En la puerta lo esperaba uno de sus hijos llamado Concepción, quien al ser presentado por el Juez, se expresó en estos términos: Me llamo Concho, la surrapa de la chicha, el hijo legítimo del viejo ciego. Pasen Uds. adelante para que hablen con mi padre que quiere hacer su testamento. Momentos después al entrar, les dijo Don Reducindo: quiero que Uds. me hagan el testamento como compañeros míos, pues yo también soy bitación llamada "La Bola de Oro" que avalúo en 200 pesos, lego 150 pesos a mi hijo natural que es el que me acompaña hace tiempo. A este Concho que es el legítimo nada, pues es bebedor, mal hijo y vicioso empedernido. Con el dinero restante pagarán mis acreedores y gastos de funerales...

Además de "La Bola de Oro" Don Reducindo hizo meter en el testamento su plancha dental que avaluaba en 70 pesos. Fué en su juventud muy tenorio y poeta, llegando hasta escribirle en el día de su onomástico un soneto a la Reina Victoria que envió por correo a Londres, diciendo

a sus amigos de Martincito — que quién quita que la Reina británica le mandara unos cincuenta pesos.

Unos momentos después de redactado el valioso testamento, llegó el Alcalde a notificarle a Don Reducindo de que ya le tenían **asada la carne** y lista la carreta para enviarlo a un asilo de ancianos que existía en la Capital.

No entren al cuarto exclamó el viejo, que estoy muy nervioso. Tengo mucho dolor en el hígado y mejor sería dejar la salida para la madrugada. Ustedes son unos bandidos en querer embarcarme contra mi voluntad.

Mientras tanto el pueblo se aglomeraba en la Placita para ayudarle a meter en la carreta: un baúl, dos tamugas de ropa usada, un catre, dos sacos de frijoles y arroz y cinco gallinas para vender, entrando al fín en la carreta lanzando palabras gruesas y los más grandes insultos.

Con las medidas y que proteccionistas del Alcalde para con el viejo Don Reducindo Piña,

al mandarlo contra su gusto para el Asilo de la Capital, pasó algo semejante con lo de la leyenda del viejo ciego, que lo agolpearon tanto para evitar que lo cogiera el toro, que llegó realmente a creer que lo había cogido el toro.

Doña Plímata Calderón

Doña Plímata Calderón

VIII

Doña Plímata Calderón matrona de grandes pergaminos de la población del Bichal, tenía la original costumbre de ponerse a conversar con la cocinera de la casa (al apagar ésta el fogón todas las tardes) sobre las noticias y temas sociales de actualidad.

En un rincón de la sala Doña Plímata y su cocinera Juana Basan sostenían el siguiente diálogo:

Pues yo siempre había pensado decía la matrona, de que ese tuerto de que me hablas de-

mostraba aparentemente querer y consolar mucho a su novia, pero que en el fondo nunca podía verla con buenos ojos, pues como tú sabes bien tiene un candil apagado, que hasta que le blanquea y brilla el globo del ojo como si fuese leche condensada.

Ay sí, replicó la cocinera: Ayer peleó con María y ella le devolvió todos los regalos que le hizo: un frasco de Azurea, otro de Brisas de las Pampas y tres jabones Reuter, diciendo que no quería saber más de él. (signo de rompimiento).

La pelea fué debida añadió Juana Bazán-- porque Dídimo es de lo más confiansúo. Todo el día la pasaba dentro de la casa bebiéndose el café y comiéndose los guineos pasados, con muchos manoseos y cariños que ella se los aguantaba, pero no le pudo soportar que delante de la gente le viniera a besar los labios y bravísima lo echó a la calle, diciendo que ella no estaba hecha a esas cosas, ni era como los pericos para que la besaran en la boca.

Yo hubiera preferido replicó Doña Plímata, para marido de esa muchacha al policía Caroli-

no Valvivieso, quien tiene todos los dientes de oro y la boca le brilla como si fuera candela. Ese si es un muchacho galano, valiente y pechi-alzado. Para probarle que no tiene pepita en la lengua, le cuento que ayer estando de puesto, pasaba por la Calle Real un ganado ensogado y entonces saltó el dentista de su oficina, diciéndole que por qué dejaba pasar ese ganado cuando estaba prohibido por el centro de la población y no le decía nada al mozo porque era de un grande del pueblo, médico y tenía plata.

Tú no serás buen dentista le contestó Carolino, pero en cambio qué buena boca tienes para abogado.

Ay Juana, exclamó Doña Plímata, ese Dr. que tú dices si es grande de verdá, figúrate que le entablilló un brazo a la hija de mi comadre Leona, que estaba tan partido, que la mano le bailaba como pescuezo de gallina desnucada.

Por eso fué que yo dije el día que le hizo la operación, que aquel mediquillo que vino graduado de lejos, debía de venir a dar gratis el cloroformo para que operara el Dr., siquiera

para que le quedaran algunas luces al presenciar esa grande operación.

Figúrate que el jovencito ese tampoco quiso — añadió Doña Plímata, — venirle a curar el ojo a mi caballo leñero, cuando este pobre animal me costaba muy cerca de veinticinco pesos.

Pues yo Doña Plímata, tuve que dejar mi empleo en la casa de ese Doctorcito, porque quería que yo le consiguiera siempre cangrejos gordos, cuando éstos no salen asina sino en el mes de Agosto, pues ya en septiembre se ponen muy flacos y hediondos a orines. Además en esa casa no le quieren dar a uno sino arroz y frijoles, creyendo de por que uno es campusano jamás ha probado la carne. No querían pagar las gallinas sino a peso y los pavos a 25 reales. Entonces dejé el concierto (empleo), me fuí a Corita a reclamar una herencia de media yegua que me dejó una tía de mi difunto marío.

Al finalizar este diálogo Ña Juana Basán comenzó a erutar olor a cacho quemado, diciendo que lo que tenía por dentro era pura corrupción, y que se iba a poner sobre el estómago una

cataplasma de cebo de Cuba con sal molida. Entonces Doña Plímata quien tenía siempre copiadas las últimas recetas que traen anualmente los Almanaques Bristols, se fué al comedor y se trajo un trago de agua mezclado con una cucharada de "Maravilla Lavarier", y después de hacerla ingerir este específico medicamento, se fueron ambas a dormir.

En la población del Bichal, Doña Plímata Calderón había monopolizado el comercio de aves, granos y otros frutos del país.

Como matrona pueblera y raizal, conocía a todos los campesinos a quienes abrumaba contándoles historias de viajes y la vida de todos los santos. A los cholos que venían de la Sierra (Cordillera de Los Andes), les cambiaba los disfraces viejos del Carnaval por pintadas cháчaras y motetes de raspaduras, con la cual endulzaba por las tardes su té, que ella tomaba no como la clásica bebida del Oriente, sino más bien como sudorífico.

Su gran erudición la debía no sólo a sus viajes por el extranjero, sino a sus asiduas lec-

turas de los novelones de Montepín que le agradaban por lo emocionantes, llegando a veces a producirle hasta grandes ataques de nervios.

Era frecuente oírle decir cuando narraba estas novelas a los campesinos y sirvientes de la casa: pues sepan Ustedes, que el Barón fue todo un caballero y que el Marqués era un bandido!

En sus pesados relatos de viajes que superaban en longitud a las aventuras de Rocambole, era Doña Plímata francamente insufrible.

Cuando en 1917 se embarcó para Europa por primera vez con pasaje de tercera, quiso que el contador del vapor la aceptase en primera clase, pretextando su lejano parentesco político con el Presidente de la República. En el equipaje que llevaba en el trasatlántico holandés, figuraban varias tamugas de ropa usada, conteniendo además papas, huevos, pescado salado y una guacamaya que era una amiga inseparable, porque según ella tenía tanta inteligencia que gritaba al caballo de silla y llamaba por su nombre al mozo Juan.

Una noche le refería ella a su comadre Doña Liboria Pinzón su larga peregrinación por Lourdes, Barcelona y Marsella, donde tanto se conmovió al ver el histórico Castillo de Iff, que había conocido desde joven por la lectura del Conde de Montecristo.

Eso sí comadre, le dijo: — que en Marsella la manteca es tan cara que no se puede comprar...

Y en París comadre, le preguntó Doña Liboria?

Ay! comadre, allí me subí a la gran Torre de Ifel, a una altura tan grande, que los coches y tranvías se ven como juguetes de niños y la gente pequeñísimas como moscas. En cambio en Barcelona me montaron en un tren que llaman el Furnicular en que se anda solamente sobre alambres.

Yo, comadre, dijo entonces Doña Liboria: de Uropa desearía conocer a Barcelona y a Hon-Kong. Me da mucho miedo ir a París porque me dicen que allí hay una escuela de bandidos

y malhechores que llaman la Mano Negra. Tampoco me ha provocado ir al Austria, porque he sabido que las vienesas son unas mujeres muy falsas...

Doña Plímata se acercó entonces a su comadre Doña Liboria para mostrarle una medallita que traía desde Roma, bendecida por el Papa, puesta en el Santo Sepulcro y tocado por la Virgen María; añadiendo que lo que más le había gustado en su viaje por Italia era Venecia, una ciudad toda entera dentro de una laguen donde la gente anda en bandolas (góndolas). En esa ciudad, continuó diciendo: dejé una gran amiga que tiene una posada muy barata y que se llama la Gioconda.

Y de dónde sacarían ese nombre preguntó extrañada Doña Liboria?

Entonces Doña Plímata que era tan versada en lecturas como en asuntos de Boarding House, le dijo que ella no estaba muy segura, pero que le parecía haberlo visto en el libro de Saint-Beuve, titulado: Galería de las Mujeres Célebres, y que ella llamaba el libro de las Mujeres Bonitas...

Pues yo no lo había oído nunca mentar dijo Doña Liboria, aunque he leído la Pimpinela Escarlata por la Baronesa de Orozy y también ese libro tan bueno donde aparece Don Quijote viendo perlas cuando estaban aventando arroz.

Terminado este diálogo de ambas comadres sobre viajes al Exterior, la conversación continuó de la siguiente manera:

Pues yo comadre — dijo Doña Liboria pienso ir a la Capital. Me lleva allí la composición de dos muelas rotas de mi hija y además necesito unos anteojos.

Yo le aseguro — replicó Doña Plímata, que nunca me he sacado las muelas con Dentistas, porque ellas se me parten solas y salen por trocitos sin dolor.

Para mí comadre, dijo Doña Liboria: es un gran sacrificio el viaje a la Capital, viviendo en esas casas tan altas, que vive uno como enjoronada. Además ese ruido de las campanas que me desvelan, y los huevos allá tan caros que los venden a tres por dos reales. Me llevo

siempre a mi cocinera para que aprenda a preparar los chicharrones que allá los fríen tan bien, aprovechando desde las orejas del puerco hasta la puntita del rabo.

Y porque no aprovecha en dejar allá a su hija en el Colegio de la Normal, interrogó Doña Plímata, mientras se frotaba la sien con una mixtura de cebo de macho con alcanfor y colocaba encima una hoja de caimito que usaba siempre para las neuralgias.

De ninguna manera respondió Doña Liboría, muy afiliada por convicción a la educación conventual. Yo no estoy de acuerdo con esos saltos y brincoteos de los colegios modernos que llaman ahora la **gimnasia**, ni tampoco con esos cinematógrafos donde dan películas **tan libres**, donde aparecen los hombres saltando por las paredes y ventanas...

Eran los días del mes de Octubre y con motivo de una gran tempestad, Doña Plímata dijo a su comadre que se trajera de la Capital un Apararrayos para protegerse de las tormentas.

No! No! contestó Doña Liboria: Mi marido no cree en esos aparatos, porque dice que son muy peligrosos en los techos de las casas, pues si llegan a mancar el alambre, le cae a uno en la cabeza. Ayer mismo nos mató un torete en el corral de la casa. Hubiera Ud. visto comadre cuando cayó en el suelo la pelota de fuego tan colorada y de lo más hedionda a azufre.

Y cuándo piensa comadre irse para la Capital?

Tan pronto podamos vender unos animales (reses) contestó Doña Liboria.

Días después Doña Liboria desembarcaba en un muelle de la metrópoli con un par de medias puestas como guantes, para evitar los ardientes rayos del sol.

En Punta Delgaditas, los mozos que la acompañaron para traer de regreso las bestias de silla, protestaron porque ella no les dejó ni siquiera cinco reales para comprar carne, di-

ciendo que en sus maletas y tamugas no cargaba plata sencilla, sino puro oro y billetes de banco.

Doña Plímata después de asistir a la Novena para encomendarle a su comadre a la Virgen porque iba a navegar en un motovelero en las costas del Pacífico, se retiró de temperamento a su finca "El Patrimonio", donde las costumbres de los aldeanos circunvecinos, los encontraba ella muy semejantes a los de Suiza.

Al llegar al "Patrimonio", finca que estaba cercana a la aldea de Las Trincheras, empezó ha hacer unas gutifarras, que al instante suspendió cuando su hija le informó que según la receta del "Cocinero Práctico", había que emplear entre los ingredientes siete reales de Vino Oporto..

Vamos dijo entonces Doña Plímata: a capar este puerco para las fiestas de Agosto (San Roque), y la puerca en cambio nos la comeremos el día de San Juan. Y siguió entonces hablando sobre los mangotes, diciendo que por

ser tan fríos eran muy colicosos (cólicos) y que sí le gustaban los cangrejos porque eran más calientes.

Luego la buena matrona empezó a hablar sobre las enfermedades, diciendo que el pueblo del "Pedregoso" era de tan mal clima, que sus habitantes llevaban una vida artificial a punta de medicinas. Una vez, añadió — fuí allí a un bautizo, cogí unas. calenturas que me ví **hilándolas delgaditas, (malísima)**, y eso se debió en gran parte a que comí unos chicharrones calientes y luego pisé la hierba mojada.

En estas disertaciones estaba, cuando entró al portal un compadre suyo llamado Sinforoso Trejo a pedirle prestado unos reales para comprar unas medicinas.

Yo no puedo compadre prestarle dinero. Acuérdese que todavía me debe Ud. quince pesos de aquel trapiche que le fié. A Ud. toda su plata se la gastan esas hijas suyas que les gustan ir al pueblo a las fiestas muy empolleradas y gazusas, que en la cara se le ven las ganas que tienen de conseguir maridos.

Pero su ahijada comadre dijo Ño Sinforoso — no es como las otras hermanas, pues yo le aseguro que ella sí es una muchacha legal. (señorita).

Ud. que tánto la defiende — dijo Doña Plímata (con aquella malicia clásica de la matrona pueblera) es porque tan poco es muy santica nada, pues algo tiene el agua, compadre Sinforoso, cuando la bendicen....

Ud. dice eso replicó Ño Sinforoso porque mi muchacha le dijo a aquel cojito enamorao llamado Zoilo Carpín que él no era el hombre que le podía sujetar, y el muy malcriao afirmando la pierna mala en el suelo como poniéndose en el seguro le contestó: que él sería cojo de pierna, pero que en lo demás era un hombre completo como cualquier otro.

Pues yo si quería, añadió Doña Plímata que mi ahijada se casara con ese hombre, que aunque cojo y feo tiene en cambio buenos sentimientos... Las almas nobles — continuó diciendo — pueden ser dóciles como los metales preciosos que son maleables y no por eso dejan siempre de brillar...

Disgustado Ño Sinforoso con la rotunda negativa de su comadre y el regañón adicional, le dijo antes de marcharse: pues yo conozco a muchas blancas que van a los bailes con las medias amarradas con trapos o se hacen unos golletes (nudos), y por pereza no le pegan botones a los vestidos, si no las prenden con alfileres, tanto es asina, que en las fiestas de un siete (7 de Agosto, aniversario de la Batalla de Boyacá) le destrozaron a una señora en el baile un vestido de seda que le habían traído desde la Gran China.

Entonces Doña Plímata para tranzarse amigablemente con su compadre, se fué a su cuarto, abrió el baúl de caoba con cerradura de campana que sonaba más que un harmonium y le trajo en préstamo cinco pesos, y le cambió también una gallina que Ño Sinforoso tenía en la mano por un rosario sin bendecir.

Después de dos meses volvió Doña Plímata a su residencia de la población del Bichal, donde tenía la costumbre de levantarse a las cinco de la mañana a hablar con su cocinera mal de

la gente, luego rezaba, pedía perdón a Dios y continuaba durante todo el día hablando siempre mal de la gente.

Una de esas mañanas circuló por la población con la celeridad de un cable una noticia sensacional!

A última hora gritaban los muchachos por las calles! Ña Caldelaria Delgado vendiendo pan caliente!

Al oír estos gritos Doña Plímata comprole al muchacho varias michas de pan, mandándolo enseguida al mercado a comprar unos crustáceos (camarones) siguiendo su inveterada costumbre de enviar a todos los mozos ajenos (que llegaban a su casa), a hacer compras distantes y muchas veces hasta a ordeñar y a vaquear.

Buenos días Señor Machorro, en vez de Chamorro, le dijo una vez a un comerciante que vino a su casa a exigirle el cambio de unos

billetes de Banco por plata del país, con el fín de facilitar los vueltos en su establecimiento comercial.

Lo siento mucho le contestó Doña Plímata: Yo prefiero también la plata blanca, porque ésta se puede enterrar y en cambio los billetes me asustan porque lo rumian mucho las cucarachas. Y aprovechando la ocasión, Ud. señor que lee periódicos, tengo yo criando una muchachita huérfana que es una verdadera "romancia", y que me preocupa mucho unos granos que le salen en la cara y quisiera que Ud. me indicara algún remedio de patente bueno que sirva para esta enfermedad.

Pues Señora le contestó el comerciante: la última novedad que ha inventado en Norte América un Doctor renombrado son los Rayos-Ultravioletas, que los llaman también los rayos de belleza.

Jesús! Señor Chamorro, le rspondió Doña Plímata: No quiero ni oírlos mental, pues una comadre mía que se los aplicó a su hija en la Capital me ha escrito que ésta electricidad no

sirve si no para aguar la sangre y alborotarle los nervios a las mujeres....

Y en este interesante diálogo estaban cuando vino la sirvienta a traerle unas muestras de género que ella había pedido a la tienda del Señor Chamorro para hacerse una bata que debía estrenar el día de la fiesta de la Subida de los Cielos!

Su color favorito era el verde, que ella dividía en los cuatro matices siguientes: verde de mar, verde botella, el verde de cogollo y el verde de monte, y como en las muestras no encontraba ninguna de estas variantes, sino azules, rojos y amarillos, Doña Plímata respondió: llévatelas otra vez para la tienda, pues yo deseaba hacerme otra bata para el día de la Soledad, pero no me gustan esos calores tan subidos y mucho menos el amarillo que significa desprecio.

Un real para comprar maza gritó en ese instante la cocinera, su fiel amiga y contertúlea, avanzando hacia su patrona para decirle al oído que habían desaparecido del corral cuatro patos

y tres gallinas y que ella suponía eran unos vagabundos que andaban todas las noches en serenatas y bicheras...

Eso puede ser también, exclamó encolerizada Doña Plímata, esa vieja cara de bruja de Etanisláa Pimontera con quien tuve hace cinco años un gran disgusto, a causa de unas gallinas. La voy a citar a la Alcaldía para arreglar nuestras cuentas y avísaselo, para si se las ha cojío me las devuelva enseguida, a fin de que esa gran ladrona después que yo la haga ir a la Policía, no me venga con que me vienen.....

FIN


00032411337
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL